

LOS MARCIANOS

CLARK CARRADOS

LOS MARCIANOS

Título Original: *Los Marcianos*
©1964, Carrados, Clark
©1964, Ediciones Toray, S.A.
Colección: Espacio. El Mundo Futuro 318
ISBN: 0000000000000000000
Generado con: QualityEbook v0.56
Generado por: Anset, 06/11/2012

CAPÍTULO I



DETUVO Jim Wreston su coche, se ajustó la máscara de oxígeno, comprobó que funcionaba perfectamente, vació el aire de la cámara de su automóvil y, después de abrir la portezuela de la cabina, saltó al suelo.

Se estremeció un poco, pues soplaba un fresco vientecillo que no presagiaba nada bueno. Pronto llegarían los primeros fríos del invierno y allá, en las extensas planicies marcianas, esto no tenía nada de agradable. Aún se hallaban en el solsticio de verano y, a pesar de que hacía ya una hora larga que había salido el sol, la temperatura no había sobrepasado los diez grados bajo cero.

Metió las manos dentro de la cabina y sacó una bolsa con agua y

provisiones. Un poco más lejos, sus «zrinns» pastaban tranquilamente la poco sabrosa hierba marciana. Eran unos animales pacíficos, que apenas requerían cuidados, de modo que podía buscar un rincón abrigado para sentarse a desayunar con toda calma.

Cerca de allí divisó un amontonamiento de rocas de color oscuro, situadas en gruesa hilera orientada de este a oeste. Las rocas le protegerían de las frescas rachas de viento ártico, que llegaba con frecuentes intermitencias, más frecuentes de lo que hubiera sido de desear. Caminó hasta las rocas y. después de haber elegido el lugar adecuado, se puso a preparar el desayuno.

Lo primero que hizo fue, con ayuda de una pequeña piqueta que llevaba pendiente del cinturón, desgajar unos cuantos fragmentos de aquellas rocas de color oscuro y colocarlas amontonadas en el suelo. A continuación, hurgó en sus bolsillos y sacó una caja de cerillas dotadas de oxígeno propio. Encendió una y acercó la llama a las piedras, las cuales prendieron de inmediato, adquiriendo una viva coloración rojiza, la cual despedía un intenso calor en pocos segundos.

Era curioso aquel mineral marciano, pensó Jim Wreston, mientras preparaba su desayuno. Le llamaban carbonita y constituía una variedad marciana del carbón terrestre da piedra, entremezclado con una singular proporción de moléculas de oxígeno, que era lo que le hacía arder con tanta facilidad, Poco habría adelantado la colonización en el cuarto planeta, de no haber sido por la abundante existencia de yacimientos de carbonita, en su inmensa mayoría a flor de tierra. Se aprovechaba lo mismo para calefacción como para fuente de energía y, casi lo qué era más importante todavía, para la extracción del abundante oxígeno puro que existía en el seno de su masa.

El montón de piedras ardiendo ofrecía un magnífico aspecto. Jim Wreston calentó una lata de carne y luego situó un pote con agua junto al fuego. Echó en el mismo un par de tabletas de café concentrado, un par de cucharadas de azúcar y empezó a comer la carne, con la ayuda de un tenedor y un par de galletas de larga conservación.

La carne era de «zrinn» y tenía un sabor exquisito. Era lo mejor que había en Marte. Jim Wreston no se saciaba jamás de comerla y

lo mismo ocurría a los demás habitantes de Marte. Fácil de manipular y de conservar, de textura agradable y con un mínimo de grasa, el hallazgo del animal que los terrestres habían dado en llamar «zrinn» había sido, junto con la carbonita, una bendición de Dios.

Tomó un sorbo de café, mientras contemplaba el espeso rebaño de animales que pastaba con tranquilidad a cien metros de distancia. Se sintió orgulloso de ser el dueño de aquella espesa manada de «zrinns». Verdaderamente, el suyo era uno de los mejores rebaños de aquella región marciana.

Extraño animal el «zrinn», pensó, en tanto continuaba su desayuno. Vivía en unas condiciones terribles y se contentaba para su existencia con bien poco: la hierba marciana que crecía en muchos parajes y, en ocasiones, con unos cuantos lengüetazos a la escarcha matutina que no desaparecía en ninguna época del año. Se preguntó cómo transformarían los «zrinns» la hierba y la escasa cantidad de agua que tomaban, en el oxígeno necesario para sus funciones vitales, ya que en su comportamiento eran casi idénticos a los mamíferos terrestres. Misterios del metabolismo, que los científicos estaban tratando de averiguar hacía años, sin haber conseguido aún hallar la solución.

El «zrinn» recibía este nombre, debido a los extraños sonidos que brotaban de su garganta en algunas ocasiones. Su figura, aunque vagamente parecida a la de un caballo terrestre, era muy ridícula; más bien parecía la caricatura de un caballo de trapo, de los que se dan a los niños pequeños para que jueguen en sus cunas. Mostraba formas suavemente redondeadas, y su piel, sedosa y suave al tacto, tenía un bonito color marrón oscuro, debido a la imperiosa necesidad de absorción de rayos calóricos. En la cabeza presentaban dos grandes ojos, un solo orificio nasal y una hendedura que era la boca; en cuyo interior se veían dos hileras de pequeños dientecitos, único elemento óseo de su anatomía, que carecía de esqueleto. Si se sostenían erguidos, era, según los zoólogos, debido a la tensión interna de su musculatura.

Por eso era el «zrinn» un animal tan abundante en carne, precisamente por la carencia de esqueleto. Tranquilos de movimientos, lo que no quería decir lentos, se movían sin prisas de un lado para otro, pastando la hierba marciana, rica también en

contenido de oxígeno asimilable. Jim Wreston se sentía orgulloso de su rebaño; en dos años, había conseguido duplicar casi su número. El negocio empezaba ya a darle rendimientos económicos.

Tenía la máscara de oxígeno ajustada exactamente a la nariz, de modo que podía comer sin impedimento alguno, aunque no con la comodidad que lo habría hecho en un lugar dotado de presión normal. Terminó la última brizna de carne de la lata y echó más café en la taza de metal. Entonces fue cuando oyó el disparo.

Se puso en pie despacio, muy extrañado de haber oído aquel sonido en tales parajes. Por supuesto, sabía que había rifles en Marte, pero, hasta el presente, no había tenido la ocasión de ver ni oír funcionar a ninguno de ellos. Dado lo tenue de la capa atmosférica marciana, ¿no cabía un engaño de sus oídos?

El disparo se repitió de nuevo. Parecía sonar a unos cuatrocientos metros a sus espaldas. Frunció el ceño; no le hacía gracia que alguien se tirotease en el interior de su propiedad, tanto porque era una invasión de sus límites, como porque no disponía de ningún arma para contrarrestar un posible ataque, cuyos orígenes le resultaban desconocidos por completo.

El coche, dotado de cuatro ruedas con enormes neumáticos que casi parecían globos, estaba a veinte metros de distancia. Corrió hacia el y tomó unos potentes prismáticos. Los disparos se repitieron varias veces más, ahora ya mucho más cerca.

Lanzó una rápida ojeada en dirección a los «zrinns». El sonido de las armas de fuego era completamente nuevo para ellos, por lo que se mantenían tranquilos. Pero nadie podía predecir lo que sucedería si llegaban a espantarse; había más de mil quinientos y eran unos animales enormes y muy pesados; en la gravedad normal de la Tierra, habrían arrojado en báscula un peso próximo a las dos toneladas. No, se dijo Jim Wreston, la cosa no tenía gracia en absoluto.

Llegó a las rocas de carbonita y trepó a lo más alto de ellas, buscando un parapeto que le protegiera contra posibles balazos. Desenfundó los prismáticos y miró en la dirección de donde procedían las detonaciones.

A unos trescientos metros de distancia, divisó una figura tendida en el suelo, detrás de unas piedras. Cien pasos más allá, pudo ver cuatro figuras humanas más, formando una especie de semicírculo

en torno a la primera. Los chispazos de los disparos podían percibirse muy bien.

Había ya muchos terrestres en Marte y Wreston tenía noticia de la comisión de más de un delito, pero aquélla era la primera vez que veía algo semejante. Vaciló, acaso podía tratarse de un criminal perseguido por la justicia, pero, en todo caso, no podía intervenir en favor de ningún bando, ya que carecía en absoluto de armamento.

De repente, el perseguido, dio media vuelta y echó a correr. Varias nubecillas de polvo se levantaron en torno a sus pies. El hombre corría desesperado y era evidente que trataba de alcanzar el refugio de las rocas tras las cuales se hallaba Wreston. El tercio de gravedad marciana facilitaba su avance.

Los perseguidores echaron a correr tras él. Wreston frunció el ceño, diciéndose que, dentro de irnos minutos, alcanzarían su objetivo. Sintió un noble impulso de ayudar al perseguido, pero no se atrevió a hacer nada en su favor, temeroso de cometer un error que más adelante pudiera perjudicarlo. Esto podía costarle la expulsión de Marte, primero, y una larga temporada de prisión terrestre, después.

Casi en aquel momento, el perseguido alcanzó las rocas. Saltó al otro lado, vaciló, perdió el equilibrio y acabó cayendo a los pies de Wreston. La pistola se le escapó de las manos. .

Entonces, Jim Wreston, con gran sorpresa por su parte, se dio cuenta de que era una mujer.

Cerca de él, distorsionados por la tenuidad de la capa atmosférica, sonaron los gritos de los perseguidores. Ella quiso levantarse, pero volvió a caer al suelo, lanzando un gemido de dolor.

—Mi tobillo —se quejó.

Jim Wreston comprendió que la mujer se había hecho daño al caer. En todo caso, por el momento había quedado inválida.

Su reacción fue inmediata. Agarró la pistola y se asomó por fuera del parapeto de rocas.

Los perseguidores estaban ya a unos cien metros de distancia. Wreston disparó un par de veces, apuntando bajo, a fin de no causar daños innecesarios.

Las balas levantaron nubecillas de arena marciana.

—Esto no me gusta —dijo, cuando vio que los individuos, tras

detenerse unos instantes, proseguían el avance.

Conocía muy poco de armas, aunque sí lo suficiente para saber que ya no podían quedarle muchos más cartuchos en el cargador de la pistola que empuñaba, el cual era de un tipo que podía contener hasta veinticuatro proyectiles. Frunció el ceño, dándose cuenta de que en un par de minutos, aquellos individuos estarían encima de ellos.

Apuntó con todo cuidado al que parecía estar más cercano y presionó el gatillo. El sujeto giró de pronto sobre sí mismo y cayó al suelo.

Los tres restantes se detuvieron de nuevo. Por unos momentos, la situación pareció estabilizarse.

CAPÍTULO II

LA mujer habló de repente con voz bien timbrada.

—Tengo otro cargador de repuesto —dijo, entregándoselo a Wreston.

Éste renovó la carga del arma y volvió a mirar por encima de las rocas de carbonita.

Los perseguidores parecían irresolutos. Uno de ellos estaba atendiendo al caído, el cual parecía estar tan sólo herido. De pronto, Wreston se dio cuenta de un detalle.

El cuarteto se había detenido sobre una zona llena de rocas de carbonita, una especie de óvalo de unos cincuenta o sesenta metros de largo por cuarenta de ancho. Entre ellos y el montículo rocoso en que se hallaba él, había un espacio arenoso de cincuenta metros.

Apuntó con cuidado y disparó varias veces con gran rapidez, procurando que los proyectiles rebotaran contra las rocas. Los individuos se tendieron en seguida en el suelo.

De pronto, una de las rocas de carbonita se puso roja. Desde el punto en que se hallaba Wreston, parecía un rubí.

El fuego se propagó rápidamente. Las brasas crecieron, amenazando con abrasar a la pandilla. Sonaron algunos gritos que Wreston percibió con claridad.

Los individuos ya no podían seguir allí, era evidente. Complacido, Wreston vio cómo dos de ellos cargaban con el herido y se lo llevaban, seguidos por el cuarto, quien se volvió para blandir el puño en un infantil gesto de amenaza. Wreston le sacó la lengua.

Unos minutos después, el cuarteto había desaparecido. Wreston divisó a lo lejos una nube de polvo amarillenta que se disipó a los pocos momentos. Entonces, seguro de su indemnidad y satisfecho de haber escapado sin ninguna lesión, se volvió hacia la mujer, quien continuaba medio tendida en el suelo.,

Wreston dijo:

—Se han ido ya —dijo.

Ella esforzó una sonrisa, deformada por el dolor que sentía.

—Gracias —contestó—. Su intervención ha sido muy oportuna.

Hablaba el inglés correctamente, aunque con un acento extranjero que Wreston no identificó en los primeros instantes.

—Suponiendo que no sean policías y usted una reclamada por la justicia —dijo—. Oh, perdóneme. Mi nombre es Jim Wreston.

—Úrsula Andrewski —se presentó ella—. Y no estoy reclamada por ninguna autoridad. Soy la nueva directora de la Granja Experimental Marciana número doce.

—Ah, una rusa —exclamó Wreston.

—En efecto, soy rusa —confirmó ella. Sus facciones se deformaron de nuevo—. Me parece que tengo el tobillo dislocado.

—¡Qué tonto soy! Me había olvidado ya de ello. La llevaré a mi coche; lo tengo aquí cerca.

Úrsula no formuló ninguna objeción cuando él la levantó a pulso y la llevó hasta el vehículo. Una vez en el interior, Wreston estableció la presión atmosférica después de haber cerrado la cúpula de la cabina, y se despojó de la máscara y del depósito auxiliar de oxígeno, que colgó de un gancho. Úrsula se quitó la suya, como asimismo el casco protector contra el frío marciano, dejando suelta una cabellera de intenso color negro.

A continuación, Wreston abrió la caja de primeros auxilios, de la cual extrajo unos rollos de vendas. Mientras descalzaba a Úrsula la examinó a hurtadillas, diciéndose que sus ojos verdes y rasgados eran muy bonitos. Calculó que debía de tener veintiséis o veintisiete años, y asimismo se percató de que bajo la gruesa tela del monopieza protector del frío, había unas curvas de indudable y muy atractivo diseño femenino.

—La verdad —dijo, cuando el pie quedó al descubierto—, no estoy muy versado en medicina, de modo que tendré que limitarme a ponerle unas vendas en torno al tobillo. Creo que podrá aguantar hasta que la vea un médico.

—Gracias —contestó Úrsula—. Su intervención ha sido muy oportuna, señor Wreston.

—Llámeme Jim. No estoy acostumbrado a los tratamientos, ni tampoco me agradan en exceso. ¿Es nueva en el planeta Marte? —preguntó como al descuido.

—En efecto. Llegué esta misma mañana al astropuerto Flammarion. El vicedirector de la Granja debió de sufrir algún error respecto a mi llegada y no envió a nadie a recogerme.

—Pero Flammarion está a más de trescientos kilómetros de aquí —alegó Wreston, asombradísimo.

—Es que el representante de mi país en el astropuerto me prestó un vehículo análogo al suyo. Me entregó un mapa y luego dijo que llamaría por radio a la Granja, para que salieran a mi encuentro.

Wreston frunció el ceño. Las explicaciones de Úrsula le parecían sumamente extrañas. No estaba muy al corriente de la situación de la Granja, pero creía saber que se hallaba a cuatrocientos kilómetros al suroeste de donde se hallaban. Y la Ruta Marciana número seis, que corría paralela al Canal Oriental del Ganges, se hallaba situada a más de cincuenta kilómetros al oeste de aquel punto. ¿Por qué se había desviado tanto la joven de su camino?

Úrsula continuó hablando:

—A unos diez kilómetros de aquí, se me estropeó el coche. Temo haberme extraviado, a pesar del mapa.

—Pero eso no justifica el asalto de esos individuos. ¿Quiénes eran?

—Lo ignoro —contestó Úrsula, con excesiva rapidez para que Wreston no comprendiera que la joven le estaba mintiendo.

¿Qué ocultaba? ¿Por qué semejante tiroteo a tanta distancia de la autopista?

—Bien —exclamó—, su pie ya está vendado. En lo que a mí respecta, no puedo hacerle más. Lo que queda es cuestión ya de su médico.

—Usted podría llamarle por radio —sugirió Úrsula.

—Temo que eso no va a ser posible.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Mi coche no dispone de radio. El transmisor de largo alcance está en la casa. Tendremos que ir allí para avisar a su Granja.

Úrsula se mordió los labios.

—Bien, si no queda otro remedio… —su tono indicaba decepción.

—Escuche, señorita Andrewski…

—Úrsula —le corrigió ella con una delicada y amable sonrisa.

—Está bien, Úrsula. Mire, su Granja está, creo, a unos cuatrocientos kilómetros de aquí. Este cacharro puede rodar a una media de cincuenta a la hora por cualquier terreno, aunque en la autopista puede alcanzar casi el doble. A pesar de todo y haciendo los cálculos con un moderado optimismo, no llegaríamos a su Granja antes de seis horas. Mi casa, en cambio, está a diez minutos

de aquí, de modo que lo mejor será que se venga conmigo y que llame por radio. Hay espacio de sobra, así que no tiene por qué preocuparse de nada, ¿estamos?

Ella sonrió de nuevo.

—Me lo pinta usted tan atractivo, que no puedo resistirme.

—Además, es una inválida —contestó él, sentándose ante el volante—. Bien, volvamos a casita.

Úrsula señaló de pronto la manada de «zrinns».

—Usted es ganadero, Jim —dijo.

—Así es —Wreston hizo una mueca—. Tiene gracia.

El automóvil, rebotando sobre sus enormes ruedas tipo balón, dio una vuelta completa y luego se lanzó a buena marcha hacia adelante.

—¿Qué es lo que encuentra usted de gracioso, Jim? —preguntó Úrsula.

—Verá, yo vivía en los Estados Unidos, en el suroeste de Nuevo Méjico. Trabajaba para un tío mío, que posee allí un rancho de ganado… era vaquero, ¿sabe? Tenía algunos ahorrillos y aquella vida empezaba a aburrirme, de modo que pensé en lo que podría hacer para salir de mi monótona existencia. Así que lo más divertido que encontré fue Marte… ¡y un rancho de ganado!

Úrsula rió también. Realmente, la situación de Wreston era graciosa.

—En realidad, no parece haber cambiado usted mucho de modo de vivir, Jim.

—Bueno, no, salvo que el lugar habitado más próximo es precisamente Flammarion —admitió él—. Sin embargo, tuve la suerte de poder viajar en una nave de colonos, con lo cual, si bien hice una travesía durante la cual pude percatarme bien de la angustia que debe sentir una sardina en su lata, en cambio, me permitió un billete a precio reducido.

—¿Había comprado ya el rancho desde la Tierra?

—No. Estuve un año desempeñando toda clase de oficios, hasta que me salió esta ganga. El anterior propietario estaba harto de su propiedad y me la cedió por cuatro dólares como quien dice y un pagaré a largo plazo. Le abrumaba la soledad y, además, desconocía prácticamente el negocio—. Con una nota de orgullo en—la voz, Wreston añadió—: En dos años he conseguido casi duplicar el

número de cabezas de ganado. Ya he vendido algunas partidas y, aunque el mercado está bajo, no puedo quejarme del negocio.

—¿Piensa quedarse siempre en Marte o se irá cuando haya reunido un capitalito, Jim? —preguntó Úrsula.

Wreston se encogió de hombros.

—Nunca puede decirse lo que nos reserva el porvenir. Mire, Úrsula, a mí me gustan los espacios abiertos y la libertad de movimientos. Esta vida es un poco aburrida, pero tengo aún veintiocho años y, actuando con cuidado, en Marte puede alargarse la existencia casi un veinte por ciento más del promedio terrestre. Ahora estoy haciendo ensayos de aclimatación de árboles terrestres, concretamente álamos. Si la cosa me saliera bien…

Úrsula comprendió que el joven se hallaba muy ilusionado con su propiedad. Lanzó un suspiro; a ella le hubiese gustado también una vida semejante, con los azares de fortuna y pobreza que pudiera entrañar, pero sin tener que dar cuenta a nadie de sus actos. En verdad, no podía quejarse; el cargo que se disponía a desempeñar, dentro de la burocracia agropecuaria soviética, era excelente y dotado, además, con un magnífico sueldo… pero no por ello dejaba de ser una empleada. Cualquier fracaso que tuviese en la dirección de la Granja provocaría su relegación a un oscuro rincón oficinesco en la Tierra.

El coche remontó una suave loma, desde cuyo vértice podía divisarse un valle de unos cuatro kilómetros de ancho por ocho o diez de largo, enteramente cubierto de una espesa capa de color verde. En el centro del valle se veía una construcción de piedra.

Wreston extendió una mano, con gesto lleno de satisfacción, que caló muy hondo en el ánimo de Úrsula.

—¡Ahí está mi casa! —exclamó, muy ufano.

CAPÍTULO III

FRENTE a la puerta de la casa Jim Wreston detuvo el coche y empezó a ponerse la máscara de oxígeno. Mientras lo hacía, Úrsula examinó el paisaje que la circundaba.

La casa estaba construida con una mezcla rústica de piedras y bloques de cemento, que proporcionaba un aspecto agradable al conjunto. Disponía de grandes ventanales de vidrio, que supuso reforzado para resistir la presión atmosférica interna. Había un par de edificios auxiliares, construidos con tablas de cemento pretensado y techo de fibra pizarrosa comprimida, y asimismo un par de corrales con dos docenas de «zrinns» en su interior, pastando la hierba del suelo, que en aquellos parajes crecía en más abundancia que en el lugar donde había encontrado a Wreston.

Detrás de un parapeto protector contra el viento, Úrsula divisó también unos diminutos arbolitos, que calculó debían de ser los álamos que el joven trataba de aclimatar. Como técnico agropecuario, se sintió interesada en seguida por los propósitos de Wreston y se prometió adquirir los informes necesarios a la primera ocasión que tuviese.

Unos momentos después, se hallaban en el interior de la casa, de sencilla pero confortable decoración. El lugar adonde fue conducida era una vasta pieza, que hacía las veces de salón, incluso con una gran chimenea de cemento, en cuyo hogar vio amontonadas una buena porción de piedras de carbonita. Wreston arrojó una cerilla encendida sobre la carbonita, la cual se encendió de inmediato.

—Le prepararé una taza de café —dijo—. Luego emplearemos la radio para avisar a los suyos.

—Creo que le estoy ocasionando demasiadas molestias, Jim —se excusó ella.

—No se preocupe; aquí estamos para ayudarnos los unos a los otros —contestó Wreston sonriendo.

En seguida se metió en una pieza vecina, de la cual salió al momento el inconfundible ruido de unos cacharros de cocina.

Úrsula paseó la mirada por la estancia. Se hallaba sentada en un cómodo diván, sobre el cual había una repisa con libros. Escorzando el cuerpo, examinó los títulos. Uno de ellos, sobre todo, le llamó la

atención, distrayéndola de otros graves problemas.

Tomó el libro. El título, en efecto, era bastante sugestivo.

THE NAT WRESTON'S STORY

Frunció el ceño. ¿Se trataba de la historia de algún familiar de su huésped?

Abrió el libro. Pero no tuvo tiempo de terminar la primera página. El dueño de la casa salía ya con una bandeja con una cafetera, dos tazas y el azucarero.

Al ver el libro que Úrsula tenía entre las manos, Wreston sonrió.

—¿Le ha atraído el título? —preguntó, mientras servía el café.

—Pues, sí, es cierto —contestó ella—. No pude evitar sentir una viva curiosidad al leer su apellido en caracteres impresos. ¿Quién fue Nat Wreston?

—Un antepasado mío. Vivió hace un cuarto de siglo largo. Limpió de forajidos una extensa comarca del Oeste de los Estados Unidos y llegó a hacerse famoso como pacificador de ciudades turbulentas. Aquéllos eran otros tiempos, evidentemente.

Úrsula se mordió los labios. Con gesto preocupado, tomó la taza de café que le ofrecían. ¿Otros tiempos? ¿Y los actuales? Se preguntó, sin hallar la respuesta correcta, por qué no le había contado a Wreston las advertencias que le había formulado el representante de su país en Flammarion. Las Granjas Experimentales Soviéticas estaban atravesando por una época de dificultades, sin que se conociesen, hasta ahora, otra cosa que los efectos, nada agradables por cierto, pero no las causas.

El representante le había aconsejado que esperase en el astropuerto la llegada del vicedirector o de la persona enviada por éste a recibirla. Ella, obstinadamente, no había querido hacer caso. Lo único que admitió fue la pistola con dos cargadores que le había entregado el teniente coronel Jiri Nhadov, que era el representante citado.

—Sí, eran otros tiempos —convino, después de unos momentos de silencio.

Wreston se dio cuenta de que la joven aparecía preocupada, pero, discreto, se abstuvo de formularle la menor pregunta, aunque en su interior se moría de curiosidad por conocer las causas de tal

preocupación. Terminó su taza de café y sacó cigarrillos, ofreciéndole uno a la muchacha.

—Gracias —sonrió ella.

—Llamaré ahora a Flammarion —dijo Wreston—. Yo carezco de autorización para hacer otras llamadas que no sean por conducto de la central del astropuerto. La violación de esta regla me costaría una fuerte multa y mi erario particular no está en disposición de soportar asaltos semejantes. Aquí la observancia de las leyes es muy estricta.

—Se comprende —dijo Úrsula en tono doctoral—. De lo contrario, la colonización discurriría por los cauces de una inevitable anarquía que retrasaría muchísimo el progreso del planeta.

—Así es —contestó él.

Se puso en pie y caminó hasta un armario cercano, cuyas puertas abrió. Era una mezcla de escritorio y alacena, con un departamento especial para el aparato de radio.

Wreston dio el contacto y esperó unos segundos. Luego, tomando el micrófono, exclamó:

—Flammarion, habla FU—47 —era su contraseña radial.

—Aquí Flammarion —surgió una voz inmediatamente por el altavoz—. Adelante, FU—47.

—Óigame, Flammarion, necesito que me ponga en inmediata comunicación con la Granja Experimental Soviética número doce. Tengo aquí a su directora, Úrsula Andrewski, con una lesión en el tobillo derecho. Necesitamos un médico para que la atienda con la mayor rapidez posible.

—Muy bien, FU—47. Estableceré la conexión inmediatamente. No se retire.

Una serie de chasquidos brotó casi en el acto a través del altoparlante. Después, se oyó la voz del operador llamando a la Granja.

Transcurrió un minuto.

—FU—47, la Granja no contesta.

—¡Que no contesta! —dijo Úrsula, incorporándose en el diván en que se hallaba tendida.

Wreston hizo señas, con la mano, de que continuase callada. Luego dijo:

—Insista, por favor, Flammarion —pidió Wreston.

—No se retire, FU—47 —contestó el operador.

Pero dos minutos más tarde, la respuesta seguía siendo la misma.

—El silencio de la Granja continúa FU—47. ¿Podemos servirle en algo más?

Wreston se mordió los labios.

—Bien —dijo—, el caso es que la directora Andrewski fue atacada a tiros por cuatro desconocidos. Yo llegué a herir a uno de ellos, pero desaparecieron en seguida. ¿Qué ocurre, Flammarion? Conteste con sinceridad, se lo ruego.

—Espere un momento, FU—47. Yo no puedo decirle más. Continúe a la escucha

Wreston volvió la cara hacia Úrsula, la cual le miraba con expresión preocupada. Permanecieron en silencio cosa de un minuto, hasta que la radio volvió a funcionar.

Esta vez, sin embargo, la voz era distinta.

—FU—47, soy el comandante de Flammarion. ¿Dice que tiene ahí a la directora Andrewski?

—En efecto. Pero, ¿puede saberse qué diablos pasa, comandante?

—Complicaciones, Jim —el comandante Hoffer era bastante amigo del joven—. Por el momento, no puedo decirle más, excepto que continúe manteniendo a la doctora a su lado.

—¡Comandante! ¡Tiene un tobillo lisiado! —gritó Wreston.

—¿Fracturado?

—No. Es decir, creo que no. Simplemente, se lo torció al caer y…

—Entonces, con un buen vendaje tendrá suficiente. Por ahora, no puedo decir ni hacer más, Jim, créame. En el momento en que sepa alguna novedad, se la comunicaré. Ah, y una advertencia. Si ve algunos tipos sospechosos por las cercanías de su rancho, no deje de radiar un mensaje en el acto. Su mensaje puede ser interesante.

—¡Ya he visto a cuatro! —explotó Wreston—. ¡Y me tiroteé con ellos!

—Me lo imaginaba —contestó Hoffer, con su gruesa voz germánica—. Ahora hablaré con el teniente coronel Jiri Nhadov. Respecto a la directora Andrewski, Nhadov es el único que puede

tomar decisiones. Eso es todo por ahora.

Sonó un «click» antes de que Wreston pudiera formular más objeciones. Lentamente, dejó el micrófono sobre la repisa.

—No lo entiendo —gruñó. Se fue hacia la mesita y tomó un cigarrillo que colocó entre sus labios—. En tres años que llevo en Marte y por lo que puedo recordar, es la primera vez que ocurre una cosa semejante.

Úrsula decidió romper la norma de silencio que se había impuesto voluntariamente.

—Jiri Nhadov me advirtió que no debía hacer el viaje sola —dijo—. Alegó que habían surgido complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones? —preguntó él rápidamente.

—Ya lo pudo ver usted mismo, Jim.

—¿Conocía usted a esos sujetos?

—No, desde luego.

—Pero la autopista pasa a más de cincuenta kilómetros al oeste de aquí. ¿Por qué se desvió tanto?

—Me sorprendió una tormenta de arena.

La excusa era lógica. A veces, las tormentas de arena borraban todo rastro de los caminos, construidos a costa de grandes dificultades. En realidad, más que caminos eran sendas amojonadas y, a veces, la arena sepultaba los hitos indicadores de la ruta. No era extraño, pues, que Úrsula Andrewski se hubiese extraviado.

Ahora recordaba que antes de que se hiciera de día, se había producido una gran tormenta de arena. Debió de haber sido la que provocara el extravío de Úrsula. Pero ¿y sus atacantes?

Ella le miró, comprendiendo lo que había detrás de su frente.

—Le aseguro que no los conozco. Lo único que sé es que vi un coche que se dirigía hacia el mío y que empezaron a disparar sin previo aviso, destrozándome el motor y las ruedas —manifestó—. Todavía no sé cómo no me hirió ningún proyectil.

Wreston juntó las manos e hizo crujir con fuerza los nudillos.

—Es incomprensible que sucedan estas cosas hoy día —dijo, muy enojado.

Su vida había sido dura y monótona, pero abrigaba la esperanza de mejorar de condición en un futuro no demasiado lejano y conseguir un notable progreso en su actual situación. Si se producían disturbios, fuesen de la clase que fuesen, ese progreso se

vería retrasado de modo considerable.

Sin contar con los riesgos personales que pudiese correr, pensó, dándose a todos los demonios.

—Y no disponemos más que de una pistola —gruñó, contemplando el arma que había quedado sobre la mesita.

Ella le dirigió una mirada llena de aprensión.

—¿Qué haremos, Jim? —preguntó.

El joven se acercó despacio al gran ventanal situado cerca del lugar donde se hallaba tendida Úrsula. Cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la barbilla en una mano, en actitud meditabunda.

—Si quiere que le diga la verdad —contestó al cabo—, ésta es una situación nueva para mí. Jamás me ha sucedido nada semejante antes de ahora, se lo confieso con toda sinceridad, Úrsula.

—Ciertamente, todo lo que sucede es muy extraño —manifestó ella—. En verdad, no alcanzo a comprender por qué me atacaron aquellos sujetos —de pronto recordó el libro que tenía al alcance de la mano y, en tono de broma, dijo—: Su antepasado nos haría mucha falta aquí, Jim.

—Haría falta mucho más que un hombre dispuesto a sacar el revólver en cualquier momento —gruñó Wreston. Giró sobre sus talones y dijo—: Puesto que de momento no podemos hacer nada, saldré afuera un momento, a atender a los «zrinns». Volveré dentro de unos minutos.

Wreston se colocó la máscara de oxígeno y atravesó la esclusa que impedía una descompresión súbita del ambiente interno. Empezó a trabajar, con la mente ocupada por una serie de pensamientos que no eran muy agradables, que digamos.

La hierba era allí mucho más alta y jugosa que en otros parajes del suelo marciano que él conocía. En realidad, no se había preocupado nunca demasiado de semejante detalle, aunque sí hacía tiempo que había notado una pequeña diferencia entre aquel lugar y los terrenos que rodeaban al valle, diferencia que consistía, sobre todo, en la temperatura del suelo. En el valle, el nivel de temperatura medio del suelo era cuatro o cinco grados superior al de las tierras situadas en la periferia del mismo. Muchas veces se había preguntado por qué el anterior propietario de la hacienda la había vendido por cuatro dólares, pero nunca había encontrado una respuesta satisfactoria. Sí, el hombre había alegado que estaba más

que harto de aquel maldito planeta rojo, pero…

De repente, se le ocurrió la posibilidad que tai vez aquello tuviese alguna relación con los incidentes que acababan de producirse.

Furioso e irritado, se puso a reparar una cerca hecha con tablas de cemento pretensado, que presentaba algunos desperfectos. «¡Qué tonterías!», gruñó.

Pero una voz interna le dijo que tal vez aquella idea fuese el principio de una explicación que aclarase lo ocurrido. Y con tales pensamientos en el magín, regresó a la casa al cabo de un par de horas.

CAPÍTULO IV

LA lámpara de color ámbar de la radio centelleó de pronto, a la vez que se escuchaba un rápido zumbido intermitente. Wreston se puso en pie y se abalanzó sobre el transmisor con el ansia de un náufrago, mientras Úrsula suspendía la lectura de las extraordinarias aventuras de Nat Wreston y sus luchas con los forajidos y renegados de la frontera.

El joven dio el contacto. La voz del comandante Hoffer irrumpió en el acto en la estancia.

—Habla Flammarion. Conteste, FU—47.

—FU—47 a la escucha —exclamó Wreston—. ¿Algo nuevo, comandante?

—Sí, pero nada agradable —manifestó Hoffer—. Temo que por ahora usted y la directora Andrewski deberán arreglárselas como puedan. Al menos, hasta mañana por la mañana.

La espera había durado casi todo el día. Ahora, el tono ocre rojizo de las colinas marcianas, en donde no crecía la hierba, había adquirido el color violeta del crepúsculo.

—Pero bueno, ¿es que no va a terminar de explicarse, comandante? —dijo Wreston, sumamente excitado.

—Vayamos por partes, Jim —expresó Hoffer—. En primer lugar, no tenemos la menor noticia de la Granja número doce. Nuestras llamadas radiadas no han recibido ninguna respuesta.

—¿Y no han enviado a nadie para investigar? ¿Qué dicen en Fort Trinchert?

—Parece que también allí hay bastante jaleo —contestó Hoffer en tono evasivo.

El joven se impacientó.

—Comandante, sería mucho mejor que se dejase de rodeos y nos contase la realidad tal cual es. De una vez, ¿qué diablos sucede?

—Lo siento, Jim. Una especie de sublevación armada… pero por el momento no puedo facilitar más detalles. Por lo que pueda ocurrir, le recomiendo que vigile con toda atención y que nos participe en el acto cualquier incidente fuera de lo normal que ocurra. Eso es tod…

—¡Espere, comandante! —vociferó el joven, casi fuera de sí—.

Tengo en mi casa a una ciudadana soviética. ¿Qué diablos dice su representante? ¿Es que ese caballero no puede disponer el envío de un médico o venir él mismo a visitar a la directora Andrewski? ¿En qué está pensando ese…?

—Jim —la voz de Hoffer sonaba de un modo grave—, temo que el teniente coronel Jiri Nhadov no pueda moverse de su lecho en bastante tiempo. Se ha producido un tiroteo en Flammarion y Nhadov ha resultado herido de gravedad. Hemos tenido dos muertos y cuatro heridos y, francamente, el médico del astropuerto tiene bastante trabajo en estos momentos. Repito: mañana haremos lo que podamos. Mientras tanto, vigile, Jim. Adiós y corto.

Wreston colgó el micrófono, completamente estupefacto. Le parecía increíble y absurdo lo que acababa de escuchar. De no haber sido porque conocía al comandante Hoffer bastante bien y sabía que era un sujeto serio, ponderado y poco amigo de bromas cuando actuaba en plan oficial, le hubiese creído borracho o bajo el influjo de un ataque de demencia. Pero Hoffer no tonteaba jamás con las cosas del servicio, de modo que había que dar por bueno cuanto había manifestado.

Miró a Úrsula, cuyo rostro aparecía tan blanco como las páginas del libro que leía.

—Una sublevación armada —repitió—. Nhadov gravemente herido… dos muertos, tres heridos más… ¿Qué diablos ocurre en este planeta?

—Jiri Nhadov debió haber sido más explícito conmigo —manifestó la joven, bastante preocupada—. Es evidente que sabía algo, pero no quiso decirme con franqueza lo que ocurría.

—Pues ahora tardará mucho en verla —gruñó él—. Y de la Granja no dicen ni pío. Sus llamadas no han obtenido contestación.

—¿Por qué no radia un mensaje a Fort Trinchert pidiendo aclaración de lo que ocurre? —sugirió ella.

—Imposible —contestó Wreston—. Mi radio no tiene la potencia suficiente. Tendría que hacerlo por medio de Flammarion, en donde me reforzarían la señal y no creo que en estas circunstancias accedan a ello. Por otra parte, Fort Trinchert está a mil doscientos kilómetros al sudoeste, cerca del canal del Indo.

—¿Y no se le ha ocurrido nunca cambiar su transmisor por otro más potente?

—Costaría demasiado dinero, no por el valor del aparato en sí, sino por los portes desde la Tierra —rezongó él—. Y, además, todos mis mensajes tendrían que pasar también por Flammarion. Las malditas reglas —concluyó con rabia.

—Una sublevación armada —musitó Úrsula—. Ésta es una situación completamente nueva, Jim. ¿Qué hacen las fuerzas de seguridad?

—Oh, no me haga reír —contestó él, exasperado—. En Flammarion no hay otros policías que los de la aduana y están enmohecidos, porque su oficio, que es el de llevar el control de la descarga de las mercancías que llegan de la Tierra, resulta cada día más estéril, dado que las trabas a la importación han desaparecido casi por entero.

—¿Y en Fort Trinchert?

—La ciudad tiene una población de unos tres mil habitantes. Creo que hay un jefe de policía y dos o tres agentes, pero no estoy seguro de ello. Ésa es una profesión que no rinde beneficios al planeta, y por eso son tan pocos los sujetos que se dedican a guardar las leyes. En Marte lo que hacen falta son profesionales de cualquier oficio: técnicos, ingenieros, expertos, incluso agricultores, hombres que rindan y produzcan, no hombres a los cuales sea preciso mantenerlos, ¿comprende?

—Entiendo —dijo ella—, Pero si se ha producido una sublevación armada, alguien tendrá que combatir a los rebeldes, ¿no cree?

—Me imagino que en la capital se preocuparán de resolver este problema, Úrsula. En Terralia está el gobernador y él será quien diga lo que es preciso hacer.

—Terralia tiene veintidós mil habitantes, según creo.

— Sí, y unos treinta o cuarenta policías, más o menos. Aquí, las leyes son severísimas con quien comete la menor infracción y no digamos del que causa un daño a tercero o terceros. Por nada le envían a uno de vuelta a la Tierra… y el que viene aquí, desea quedarse, ¿comprende?

—Eso significa que, hasta ahora, las alteraciones del orden han sido mínimas.

—Exacto —convino Wreston.

Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, a contemplar el

puntito plateado que era la Tierra, situada en aquellos momentos a ciento cinco millones de kilómetros.

La oscuridad era absoluta y las estrellas centelleaban vivamente en lo alto del cielo. Al cabo de unos minutos, Wreston dijo:

—Voy a preparar la cena, Úrsula. Luego prepararé mi cama, para que pueda dormir con comodidad.

—Pero usted… —protestó ella.

—Me quedaré vigilando —cortó Wreston con tono que no admitía discusión. Y acto seguido, se metió en la cocina.

* * *

Los primeros rayos del sol naciente aparecieron por las romas crestas de las lejanas Colinas de la Fuerza, incidiendo directamente sobre los ojos de Wreston. El joven se desperezó, bostezó un par de veces y luego se puso en pie, tras dejar la pistola sobre la mesita próxima.

Consultó el reloj. Eran las siete y media de la mañana. Frunció el ceño, diciéndose que tal vez no podría darse una vuelta por la manada de «zrinns» para vigilarlos y conocer sus necesidades. Maldiciendo de las circunstancias, se metió en el cuarto de baño.

Cuando salió, divisó a través de la ventana la imagen de un automóvil que se acercaba a buena velocidad. Se lanzó sobre la pistola y la puso a punto, colocándose acto seguido la máscara de oxígeno.

Acto seguido, penetró en su habitación. Úrsula dormía profundamente.

—Úrsula —llamó.

La joven abrió los ojos en seguida. Sin dejarla hablar, Wreston continuó:

—Viene alguien. Póngase la máscara de oxígeno y espere aquí, pero no se deje ver bajo ningún concepto.

—Muy bien —contestó ella.

Wreston salió de la habitación. Consultó el indicador de temperatura externa, conectado con el termómetro situado fuera de la casa: la cifra era de 27° negativos.

Se dirigió a la esclusa. Casi en el mismo momento, se apeaban dos hombres del vehículo, cada uno de los cuales disponía de un

maletín. Reconoció al doctor Ramírez, el medico del astropuerto, y se sintió mucho más aliviado.

Un momento después, el médico y su acompañante, un funcionario del astropuerto, se hallaban dentro de la casa.

—¿Dónde está la directora Andrewski? —preguntó Ramírez, después de los primeros saludos.

Wreston le indicó la habitación que ocupaba la muchacha. El médico se metió en ella sin vacilar. Mientras tanto, su acompañante abría el maletín que portaba, que era algo mayor que lo usual, y extraía de su interior objetos que Wreston reconoció no sin gran sorpresa.

—El comandante Hoffer me ha entregado esto para usted, señor Wreston —manifestó el funcionario, armando los rifles que había traído en piezas—. Me ha dicho, además, que le recomiende, para lo sucesivo, la conveniencia de no salir de su casa sin ir armado. También, como verá, le he traído un par de cartucheras, así como municiones en abundancia. ¿Sabe usted manejar esta clase de armas, señor Wreston?

—Por supuesto —contestó el joven, atónito—. Pero, señor…

—Kidic, Jan Kidic —contestó el funcionario.

—Pues bien, señor Kidic, ¿quiere usted tener la amabilidad de contarme lo que sucede? ¿Qué ocurrió ayer en el astropuerto?

—El comandante me ha encarecido la, más absoluta reserva, señor Wreston —contestó el empleado—. No obstante, y a título particular, le diré que media docena de individuos armados irrumpieron en las oficinas y empezaron a disparar a diestro y siniestro, sin previo aviso. Algunos de los que estábamos allí logramos reaccionar y ponerlos en fuga, no sin que dos de los nuestros perecieran y cuatro resultasen gravemente heridos, entre ellos el teniente coronel Jiri Nhadov.

—¿Y los asaltantes? ¿Es que escaparon sin recibir ningún daño? —preguntó el joven, boquiabierto.

—Creo que herimos a dos de ellos, pero no es posible confirmarlo, dado que consiguieron huir sin ser detenidos.

—¿Y el comandante Hoffer? —preguntó Wreston.

—En estos momentos está camino de Fort Trinchert, con el fin de conferenciar con las autoridades de aquella población y determinar un plan para garantizar el orden. De momento —añadió

Kidic, señalando los riñes—, es esto todo cuanto podemos hacer en su favor.

—¡Pero es absurdo! ¡Una sublevación armada…! ¿Quiere decirme con qué objeto, Kidic?

El empleado apretó los labios.

—Créame que lo lamento, pero ya le he dicho más de cuanto podía decirle, señor Wreston. Si ve a una persona extraña…

—Dispararé, ya lo sé —gruñó el joven—. Pero ¿qué he de hacer mientras tanto? ¿He de abandonar mis manadas de «zrinns» para cuidar de mi pellejo? ¿Y la directora Andrewski? ¿Es que no va a venir a recogerla ningún representante de su país?

—Temo que no va a ser posible, por el momento, señor Wreston. Ayer a mediodía, la Granja número doce resultó destruida por una serie de explosiones cuyo origen se desconoce por completo. Y parece ser que los supervivientes son muy escasos.

—¡Cielo santo! —exclamó el joven, atónito por las noticias que recibía.

—Pues aún hay más —añadió Kidic, impasible—. Han ocurrido accidentes similares en diferentes puntos del planeta. La Estación Agronómica Conjunta, las instalaciones de la Minera Unida y el Puesto de Observación número diez han saltado asimismo por los aires. Se calcula en no menos de doce centenares el número de víctimas, muertos la mayor parte.

Wreston cerró los ojos un momento, aturdido y mareado por la serie de increíbles noticias que acababa de recibir. Luego, repuesto y respirando con fuerza, dijo:

—Supongo que Hoffer le habrá prohibido a usted darme más detalles acerca de las posibles causas de dichas explosiones, ¿no es cierto?

—Así es, señor Wreston.

El doctor Ramírez salió en aquellos momentos con el maletín en las manos.

—Hola, Jim —saludó—. La directora Andrewski está bien. Sólo se trata de una ligera torcedura que se curará con tres o cuatro días de inmovilidad. Le he contado lo que sucede y está muy afectada, como es natural.

—Claro —murmuró el joven—. Doctor, ¿adonde se dirigen ustedes ahora?

—Vuelvo a Flammarion acto seguido. Tengo cuatro heridos graves a los cuales no puedo desatender por más tiempo. Bastante he hecho viniendo aquí, Jim.

—Desde luego, y se lo agradezco muchísimo. Pero ¿qué ocurrirá ahora, doctor?

Ramírez se encogió de hombros.

—Nada bueno, creo, Jim. De todas formas, tanto en Terralia como en Fort Trinchert se están tomando las medidas oportunas para contrarrestar la subversión armada.

—¿Se conocen siquiera los motivos, doctor?

Ramírez miró de reojo a su acompañante.

—Yo sólo soy un simple «matasanos», Jim —contestó sin comprometerse—. Vámonos, Kidic.

—Sí, doctor —contestó el empleado

Momentos después, el coche que había traído al médico y a Kidic desaparecía en la lejanía.

CAPÍTULO V

LOS tres días siguientes transcurrieron sin ninguna novedad, aunque en medio de una tensión extraordinaria. Wreston no daba un paso fuera de la casa sin llevar un rifle en las manos y, tanto por no dejar sola a Úrsula, como por su propia seguridad, no se atrevía a acercarse al lugar donde pastaba su manada de «zrinns».

Aquella quietud resultaba enervante. La radio sólo transmitía programas musicales y cortos noticiarios que no decían más que ambigüedades. Wreston y Úrsula se sentían devorados por la impaciencia, pero al mismo tiempo, comprendían que no les era posible hacer nada para evitar ni resolver la situación actual.

Al amanecer del cuarto día, Wreston, después de desayunar, decidió salir al exterior. Ayudada por un bastón, Ursula podía caminar por el interior de la casa y así, después de haberla dejado acomodada en el diván de la sala, se puso las ropas gruesas de protección contra el frío, se colocó la máscara y tomó el rifle, manifestando que regresaría lo antes posible.

Salió al exterior y se acercó al cercado. El suave «zrinn, zrinn» de las bestias acogió su presencia —de aquel sonido habían tomado el nombre que les daban los terrestres—. Atendió a los animales, efectuó unos cuantos trabajos imprescindibles y ya se disponía a regresar a la casa, cuando, de pronto, divisó en lontananza la silueta de dos automóviles que se acercaban a buena marcha.

En seguida se metió en la casa. Alertó a la muchacha, haciéndola colocarse la máscara de oxígeno —si un proyectil destrozaba el vidrio de un ventanal, la súbita carencia de aire podría resultar funesta—. Acto seguido, con el rifle en la mano, esperó.

Uno de los coches se quedó a cien metros de la casa. El otro se detuvo ante la puerta. Había cuatro sujetos en su interior, pero sólo uno de ellos se apeó.

El hombre se encaminó con paso resuelto hacia la casa. Pese a las gruesas ropas que vestía y a la máscara de oxígeno que ocultaba parcialmente sus facciones, se adivinaba en él un talante autoritario, que no infundió ninguna simpatía a Wreston. El sujeto franqueó la esclusa, de fácil y sencillo manejo, y penetró en el interior de la sala.

Acto seguido se despojó de la máscara de oxígeno y del casco protector contra el frío externo. Su rostro, de rasgos duros y angulosos y ojos de aguda mirada, quedó al descubierto.

—El señor Wreston, supongo —dijo con voz metálica.

—Así es —contestó el joven—. Ésta es la directora Úrsula Andrewski, señor…

—Velthar, tan sólo Velthar —contestó el recién llegado—. Si no le molesta, desearía hablar con usted unos momentos, señor Wreston.

—Estoy a su disposición —contestó el joven—. Puede hacerlo delante de la directora Andrewski, con toda confianza, señor Velthar.

—Muchas gracias —expresó el aludido, haciendo una leve inclinación de cabeza. Luego se encaró con el joven—. Señor Wreston, tengo entendido que es usted el propietario de estos terrenos…, es decir, de una extensión de suelo marciano que linda con las Colinas da la Fuerza por el este…

—Abreviemos —cortó Wreston impaciente—. Soy dueño de esos terrenos, en efecto. Es un cuadrado de unos treinta kilómetros de lado, aproximadamente, más o menos, novecientos kilómetros cuadrados.

—Una hermosa porción de suelo marciano, en efecto —sonrió el visitante—. Perdone la pregunta, pero, ¿tiene usted todos sus títulos en regla?

—Claro que sí, pero… ¿por qué lo dice? —se extrañó Wreston.

Velthar no contestó en el acto. Metió la mano en uno de los amplios bolsillos de su traje de protección y extrajo una serie de papeles que depositó sobre la mesa, después de desplegarlos.

—Señor Wreston —dijo, después de realizadas las anteriores operaciones—, ésta es una escritura de venta de sus tierras por la suma de cincuenta mil dólares pagaderos en un cheque certificado por el Primer Banco Marciano de Terralia, con la garantía del «Trust Exchange Spatial» de los Estados Unidos. Incluyo asimismo un pasaje para la astronave «Atlantic», que zarpará de Flammarion dentro de cuatro días exactamente, plazo en el cual esta casa habrá de quedar desalojada por completo.

Wreston escuchó las palabras de su visitante en el más completo silencio, aunque sentía que, en su interior, la indignación crecía por

instantes. Sin embargo, supo contenerse y hablar con comedimiento, una vez lo hubo hecho su visitante.

—¿Ha terminado usted ya, señor Velthar? —preguntó fríamente.

—En efecto. Eso es todo cuanto tenía que decirle, señor Wreston.

El joven tomó los papeles y se los devolvió a su dueño.

—Ésa es mi respuesta —dijo—. Y ahora, ya conoce el camino de vuelta, conque lárguese de mi casa cuanto antes. Una vez se haya marchado, tendré que esparcir perfume —concluyó en tono insultante.

El rostro de Velthar tomó un tinte purpúreo.

—¡Ésa no es una respuesta, Wreston! —contestó casi a gritos.

—La única que sé y puedo darle —manifestó el joven—. Salga de aquí, pronto.

—He venido en son de paz…

—Sus intenciones me dejan frío. Éstas son mis tierras y no tengo intención de venderlas, por ahora. ¡Fuera, Velthar!

Los dientes del individuo crujieron.

—Creo que no sabe bien lo que se dice. Le ruego considere de nuevo su actitud…

—Si no se va de aquí antes de medio minuto, lo sacaré a patadas —interrumpió el joven—. Usted y yo ya nos hemos dicho cuanto teníamos que decirnos, Velthar. ¡Largo, repito!

Velthar guardó los documentos en su bolsillo con gesto colérico.

—Tendrá noticias mías, Wreston —dijo—. Y no serán buenas precisamente.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida. En aquel momento, Úrsula gritó:

—¡Espere!

Velthar se volvió hacia la muchacha,

—¿Directora? —murmuró.

—¿Es usted el autor de la explosión que destruyó la Granja número doce?

El rostro del individuo se contrajo.

—Fue un accidente ajeno por completo a nuestra voluntad, directora Andrewski —manifestó—. Como igualmente el ataque que sufrió usted hace días, debido a una confusión.

—¿Cómo dice? —exclamó Úrsula, llena de extrañeza.

—Lo siento, directora; por el momento, me es imposible añadir

más detalles.

—¿Y del asalto a Flammarion —gritó la joven, indignadísima—, en que un compatriota mío resultó gravemente herido, sin contar los dos muertos y los restantes heridos?

—Lamento no poder dar respuesta a sus preguntas, directora —contestó el sujeto. Luego miró al joven—. Tendrá noticias mías, señor Wreston.

El joven sintió que la sangre de su antepasado hervía en sus venas.

—Dígamelas por encima de la mira de un rifle —contestó.

Velthar se quedó parado un momento. Luego, se encasquetó la máscara con gesto rápido y salió de la habitación.

Al quedarse solos, Wreston corrió hacia la ventana, desde la cual se podían divisar los dos coches. Vio a Velthar que subía a su automóvil, el cual arrancó de inmediato. Úrsula se había puesto de rodillas sobre el diván y, junto a él, contemplaba el exterior.

De pronto, la joven lanzó un agudo grito:

—¡Jim, nos atacan!

Los ocupantes del segundo vehículo, todos armados con rifles, habían saltado al suelo y se desplegaban con ánimo de rodear la casa. El joven sintióse invadido de repente de un ardor combativo como jamás lo había percibido antes de aquel momento.

—¡Cúbrase, Úrsula! —gritó, al mismo tiempo que se abalanzaba hacia su rifle y echaba a correr luego en dirección a la esclusa.

La joven gritó llamándole, pero él no le hizo el menor caso. Salió al exterior y corrió hacia uno de los cercados, en el momento en que estallaban dos o tres disparos.

Un proyectil partió en dos una tabla de cemento. Los otros zumbaron siniestramente en la enrarecida atmósfera marciana y se perdieron a lo lejos.

Wreston no demoró mucho en contestar al fuego. Tomó puntería, arrodillado en el suelo y disparó un par de veces seguidas. Al tercer disparo, tuvo la satisfacción de ver que uno de sus asaltantes giraba sobre sí mismo y, después de lanzar el rifle al aire, se desplomaba de bruces al suelo.

Los tres restantes se desconcertaron unos momentos ante la enérgica reacción del joven. Éste aprovechó la ocasión para hacer un par de disparos más, cuyos proyectiles rechinaron cerca de dos

de los atacantes.

Por un momento, la situación pareció estabilizarse. Luego, Wreston se percató de que uno de sus adversarios corría describiendo un amplio semicírculo con el fin de cogerle por la espalda.

Atravesó corriendo aquel recinto y saltó al siguiente, donde estaban encerrados los «zrinns» en número de veinticinco o treinta, aproximadamente. Abriéndose paso entre los enormes animales, cuyo lomo le llegaba a la cabeza, abrió la puerta del corral.

Luego empezó a gritar y a espantarlos con los gestos y la voz, hasta que todos los «zrinns» salieron a escape. Movían sus patas, que parecían de felpa, con aparente lentitud pero habrían sido capaces de ganar a un «purasangre» con toda facilidad.

El tercer atacante se dio cuenta del gravísimo peligro que corría si se mantenía en la ruta que seguía la pequeña manada. Por naturaleza, los «zrinns» eran muy gregarios y galopaban en compacto pelotón. Al ver que se le echaban encima, tuvo que correr, desesperado, en sentido lateral.

Wreston no desaprovechó la ocasión y le largó un par de balazos entre las piernas, que tuvieron la virtud de asustar al ruñan de tal modo, que se sobresaltó y llegó a perder el equilibrio, cayendo al suelo de bruces cuan largo era. El joven lo levantó de dos disparos más y el individuo, corriendo como un gamo, sin entretenerse en recoger siquiera el rifle que se le había caído, escapó en dirección al automóvil que había estacionado cien metros más arriba.

Sus dos compañeros se dieron cuenta de su maniobra y se vieron obligados a retroceder apresuradamente, ya que el fugitivo pretendía escapar con el coche, apenas se hubiese sentado tras el volante. Wreston aceleró más aquella fuga con unos cuantos proyectiles que hicieron volar los tallos de hierba entre sus piernas. Por último, el trío partió a toda velocidad, en seguimiento del vehículo donde viajaba Velthar, que se hallaba ya a casi medio kilómetro de distancia.

Una vez alejado el peligro, Wreston se puso en pie, contemplando durante unos momentos, con gesto sombrío, las siluetas de los automóviles que corrían a buena marcha, hasta que los vio desaparecer detrás de una loma. Entonces, despacio, regresó a la casa.

Úrsula le acogió con vivas muestras de satisfacción al verle regresar indemne. Habían querido atacarles por sorpresa.

—¡Les ha dado usted una buena lección, Jim! —exclamó.

El joven se despojó del casquete y de la máscara de oxígeno, dejando todo a un lado. Su rostro aparecía serio y contraído.

—Sí, en efecto —admitió—, pero he matado a un hombre.

Un espeso silencio descendió sobre la estancia. Al cabo de unos momentos, Úrsula dijo:

—Usted no puede considerarse culpable en modo alguno, Jim. Las circunstancias le forzaron a ello… no debe sentir remordimiento, considerando que ellos trataban de quitarle a usted la vida —con ligera sonrisa, añadió—: Su antepasado no se habría preocupado tanto por una cosa semejante.

—Aquéllos eran otros tiempos —rezongó él—. Era una época en la que sólo sobrevivía el más fuerte o el más rápido con el revólver.

—Fue una de las etapas de la colonización de su país, Jim. Y, ¿no estamos nosotros ahora colonizando Marte?

—¡Pero llevamos más de doscientos cincuenta años de adelanto con relación a aquella época! —alegó él, en tono exaltado—. Nuestro módulo de civilización ha cambiado radicalmente…

—Pero no el pensamiento del hombre —le interrumpió ella—. Al parecer, Velthar está decidido a todo con tal de adquirir sus terrenos, Jim.

—Es verdad —exclamó Wreston, recordando el motivo principal de la visita del desconocido—. ¿Por qué querrá comprarlos?

El silencio volvió de nuevo. Al fin, Wreston, meneando la cabeza, muy pensativo, murmuró:

—No me imagino qué pueden contener mis tierras para que Velthar tenga tanto interés en ellas. De todas formas —suspiró—, es preciso que lo sepan en Flammarion. Voy a ver si consigo entrar en contacto con el comandante Hoffer.

El comandante Hoffer escuchó con toda atención la narración del joven. Luego, dijo:

—Jim, me gustaría enviarle un par de hombres de protección, pero me es imposible. El gobernador de Terralia, que lo es del planeta, como usted sabe, ha ordenado una vigilancia estricta sobre el astropuerto y un control rigurosísimo de todos cuantos llegan y parten. Necesito todos los hombres de que dispongo y aún estoy

escaso de fuerzas. Lo único que puedo sugerirle es que, si no se considera seguro, se venga aquí con la directora…

—¡No! —exclamó Wreston—. Éstas son mis tierras y las defenderé con todas mis energías. Marcharme ahora sería una cobardía, ¿me comprende?

—Desde luego, Jim.

—Lo único que puedo hacer es llevar a la directora Andrewski hasta Flammarion y regresar luego aquí. Sería conveniente que pidiese instrucciones al teniente coronel Nhadov o bien al representante general ruso en Terralia para ver qué es lo que debe hacer ella.

—Muy bien, Jim. Lo haré así y le llamaré apenas sepa algo.

El comandante Hoffer cumplió su palabra. Dos horas después llamó para transmitirle un sorprendente mensaje:

—Jim, el representante general ruso, con sede en Terralia, dispone que, por el momento, la directora Andrewski permanezca en su casa hasta nueva orden.

CAPÍTULO VI

TRANSCURRIERON dos días más, durante los cuales la tensión no disminuyó. Wreston enterró el cadáver del asaltante muerto por sus disparos, despojándole de su documentación y efectos personales, entre los cuales no halló nada de valor. Recogió los dos rifles abandonados, considerándolos como un refuerzo para la defensa, caso de ser atacados de nuevo, y cuando terminó, se puso a reparar los cercados. Pensó que tendría que hacerse traer una nueva partida de tablas de cemento pretensado y se preguntó cómo podría pagarlas, considerando que su cuenta corriente padecía de anemia aguda.

Continuó trabajando.

Al tercer día después del tiroteo, Wreston decidió que sería útil recorrer el valle para recuperar los «zrinns» que había hecho huir para defenderse.

Le comunicó la intención a la joven y Úrsula manifestó su deseo de acompañarle.

—Tengo el tobillo casi curado y además, no va a dejarme sola —alegó.

—Está bien —accedió él—. Prepararé todo, pero no se olvide de su rifle.

—Claro —contestó ella.

Momentos después, subían al automóvil y partían de inmediato. En el asiento posterior —el vehículo tenía capacidad para cuatro plazas—, Wreston había colocado una bolsa con provisiones, ya que era muy posible que estuviesen todo el día fuera.

El valle tenía la forma de un cuenco alargado, de paredes de muy escasa pendiente, no obstante lo cual, su fondo quedaba apenas a unos doscientos metros por debajo de la cota más alta. La anchura máxima era de cuatro kilómetros por término medio y la longitud de ocho a diez. El suelo, cubierto de una espesa hierba que, en ocasiones, alcanzaba una elevación de cincuenta y sesenta centímetros era, en general, llano, aunque había también algunas pequeñas eminencias, diminutas lomas de suave y redondeado trazado, cuya cima, sobre el nivel medio del terreno circundante, no solía rebasar los veinticinco o treinta metros de altura.

Sorprendida, Úrsula notó la exagerada elevación de la hierba. Como experta en la materia, el hecho no podía por menos que llamarle la atención.

—¿A qué se debe, Jim? —le preguntó, llena de curiosidad.

—No tengo la menor idea —respondió él—. Cuando llegué aquí, la hierba ya era así, claro que con sus naturales ciclos vegetativos. Por eso se me hizo tan extraño —añadió— que el anterior dueño de estas tierras las abandonase con tanta facilidad, quiero decir, por tan poco dinero.

—Aquí podría usted criar muy bien tres o cuatro mil «zrinns».

—Desde luego, pero ahora, la manada principal la tengo en otra región de mi hacienda, donde también hay bastante hierba, aunque no tan alta ni tan abundante cómo ésta. Es que estoy haciendo un experimento.

—¿Cuál, Jim?

—Quiero dejar pasar un par de años y observar estos prados sin que los animales pasten en ellos, me refiero a grandes manadas, por supuesto. Entonces, si veo que la reproducción y crecimiento de la hierba es lo suficientemente rápida para permitir dos cosechas anuales, dividiré el valle en dos partes; una destinada a la alimentación de los animales y la otra para que la hierba crezca en plena libertad. Cuando aquel sector esté agotado, cambiaré las manadas y así sucesivamente, ¿comprende?

—Sí, un turno de rotación, desde luego. Pero ¿por qué no ensaya a segar y empacar un determinado sector, Jim? Podría marcar un cuadrado de un kilómetro de lado y dividirlo, por ejemplo, en varias partes iguales, segando la hierba de cada zona en distinta época del año —Úrsula se sonrojó ligeramente—. Tengo el título de ingeniero agrónomo y podría ayudarle con todo desinterés, Jim.

—Tomaré en cuenta su oferta, Úrsula, que agradezco en lo que vale. Antes, sin embargo, habremos de esperar a que se pacifiquen estas regiones. No es posible trabajar a gusto, teniendo que llevar el rifle en la mano a cada momento.

Úrsula suspiró.

—Sí, en efecto, tiene usted razón —su rostro se ensombreció bruscamente—. ¡Pero no comprendo lo que acaba de suceder, Jim!

—Lo mismo me ocurre a mí. Y, por si fuera poco, el gobernador ha impuesto una férrea censura sobre los acontecimientos, de modo

que los pocos periodistas que hay deben limitarse a narrar los hechos… mejor dicho, a transcribir las notas informativas que les proporcionan en la secretaría del gobernador, sin que puedan efectuar el menor comentario. Es una situación muy enojosa, créame.

—Sin embargo, no puede durar mucho, Jim. El desorden no es jamás eterno.

—Cierto. Pero el gobernador tendrá que espabilarse en hacer algo o, de lo contrario, correrá el riesgo de que los colonos se subleven y pidan armas para hacer frente a la subversión armada. Y si se produce esta segunda coyuntura, el gobernador perderá su puesto con toda seguridad.

Úrsula asintió con la cabeza, mientras se agarraba con la mano a una de las barras interiores de la cabina, a fin de sujetarse, debido a los frecuentes saltos que daba el coche. Pese a la bondad de sus muelles y al acolchamiento que le proporcionaban sus casi esféricas ruedas, el suelo, bajo la hierba, era muy irregular en algunos puntos.

De pronto, cuando ya habían recorrido tres o cuatro kilómetros, se encontraron con la manada, que pastaba en el fondo de una pequeña concavidad. En la dirección que se hallaban, las Colinas de la Fuerza alzaban sus cimas a unos trescientos metros por encima de sus cabezas y a unos mil quinientos de distancia hacia el este.

—Mis tierras terminan allí —señaló Wreston con la mano.

—¿No se le ha ocurrido adquirir también los terrenos que hay al otro lado de las Colinas? —preguntó ella.

Wreston sonrió de mala gana.

—¡Qué cosas dice usted, Úrsula! ¿Y el dinero?

—¿Tienen dueño?

—Claro que no, son del gobierno. Los cede casi gratis, a un precio ridículo por hectárea. Podría buscar un préstamo, desde luego, pero es que la ley ordena que se abone un año de impuestos por adelantado y ahí es donde me estrello, ¿comprende? En el pasado, parece ser que hubo bastantes abusos: se adquirían las tierras por cuatro centavos y si al año no se había obtenido un resultado apreciable, se abandonaban sin más. El dueño del terreno se declaraba en quiebra y… bien, imagínese el resto. No iban a meterlo en la cárcel, ¿comprende?

—Yo creía que las malas costumbres de la Tierra se habían quedado allá abajo —observó Úrsula, pensativa.

—Se equivoca —dijo él, deteniendo el coche—. Las hemos traído todas, y encima hemos adquirido algunas típicamente marcianas. Póngase la máscara y tome el rifle.

Úrsula obedeció. Momentos después, estaban junto, a los «zrinns», cuyos suaves ronroneos, de tono agudo pero no estridente, llenaban el aire.

La joven se acercó a uno de los enormes animales, cuya apacibilidad era extraordinaria, y le acarició la sedosa piel. El animal movió su cabeza, situada al extremo de un cuello largo, grueso y cilíndrico, arriba y abajo, con muestras de viva complacencia,

—Parecen caballos de felpa —sonrió Úrsula. Sentía un gran placer al acariciar la piel de la bestia—. Jim, ¿no se le ha ocurrido que la piel de los «zrinns», debidamente curtida, podría tener un gran valor?

—Desde luego, aunque, por el momento, existe un gran inconveniente: se pudre en seguida, pese a todos los medios empleados. Hay técnicos en tenería que trabajan con afán en ello, aunque hasta la fecha, los resultados, forzoso es decirlo, son más que descorazonadores.

Ella le miró sonriente.

—Yo no desespero un día de tener un abrigo de piel de «zrinns». Figúrese, es una epidermis que les proteje contra temperaturas a veces de setenta y más grados negativos.

—Sí, aunque no debe olvidar usted que esas temperaturas se suelen dar en los polos y que los «zrinns» raramente suben más arriba de las líneas imaginarias que en la Tierra llamamos trópicos. Aun así, si se consiguiera curtirla, sería una piel de mucho abrigo —maliciosamente, añadió—: Y no digamos el efecto visual.

Ella rió. Mientras tanto, Wreston había sacado del coche una larga cuerda de nylon, que pasó por el cuello de uno de los animales.

—¿Para qué hace eso, Jim? —preguntó ella, intrigada.

—Verá —contestó él—, ataré este animal a la zaga del coche y los demás le seguirán.

—Una buena idea —aprobó ella.

Mientras Wreston llevaba al «zrinn» hasta el coche, Úrsula paseó la vista por los alrededores, asombrada por la fertilidad de aquel valle. Empezó a preguntarse si no resultaría práctico aclimatar en aquel suelo árboles terrestres resistentes al frío, como pinos y abetos, y hasta abedules y alerces. Cierto que Jim, se dijo, estaba haciendo experimentos con unos álamos, pero en su opinión, los otros árboles tenían muchas más posibilidades de sobrevivir. Se imaginó a sí misma aquel paraje cubierto de una frondosa vegetación y…

—Si pudiéramos plantar extensas zonas de la superficie, la atmósfera marciana iría cambiando con el tiempo —soliloquió.

«Claro que, añadió con un suspiro, ello exigiría largos años de esfuerzos continuados. Los inviernos, sobre todo cuando el planeta se hallaba a la distancia máxima del Sol, unos doscientos cincuenta millones de kilómetros, debían de ser terribles, pero —se dijo—, ¿a qué circunstancias no se aclimata el ser humano? El esfuerzo sería largo, sí, pero tenían que realizarlo en favor de las generaciones siguientes. Era su obligación, cada generación debía trabajar para la siguiente…»

De pronto, sus pensamientos quedaron cortados, al mismo tiempo que sus ojos se dilataban al máximo.

—Jim —llamó, sintiendo que todos sus músculos se ponían en tensión.

Wreston estaba atando el «zrinn» a la zaga del coche. Se volvió en redondo al escuchar la llamada de la joven. La vio rígida y tensa y se alarmó de inmediato.

Recogió su rifle en el acto y corrió hacia ella, alarmado.

—¿Qué ocurre, Úrsula? —preguntó.

Lentamente, ella extendió su mano.

—Mire allí, a unos trescientos metros de nosotros, Jim. Eso que se ve no es propiamente ningún accidente del terreno.

El joven hizo lo que le decían. Frunció el ceño, comprendiendo la razón que asistía a Úrsula. Pero la distancia era excesiva para distinguir con claridad el objeto que sobresalía de las lomas próximas, por lo que apoyó el rifle en su hombro, a fin de examinar mejor dicho objeto a través de la mira telescópica.

Úrsula le imitó en el acto. Un segundo después, muy asombrada, exclamaba:

—¡Jim, parece el remate de una torre de perforación!

CAPÍTULO VII

DESCONCERTADO totalmente por lo que hacía un momento acababa de descubrir, Wreston bajó el rifle.

Una súbita aprensión invadió su ánimo. Se mordió los labios, irresoluto y vacilante.

Be pronto, Úrsula preguntó:

—Jim, ¿son suyas esas tierras?

—Sí, claro, y más de un kilómetro todavía en dirección a las Colinas de la Fuerza —la miró de reojo—: Usted quiere que vayamos a ver lo que están haciendo, sean quienes sean.

—Si el dueño de esta hacienda fuese yo, investigaría en el acto, Jim —el tono de las palabras de Úrsula no admitía lugar a dudas.

—De acuerdo —decidió él. Y rompió la marcha. Mientras caminaban, advirtió—: Hemos de tener mucho cuidado, Úrsula; hay poco sitio para esconderse y menos aún para atrincherarse, caso de tener que vernos obligados a combatir.

—Lo tendré en cuenta.

Caminaron con gran rapidez hasta llegar al pie de las lomas, doscientos metros más allá. El resto del camino lo hicieron agachados, ascendiendo con gran lentitud y deteniéndose de cuando en cuando para escuchar los extraños ruidos que brotaban del otro lado. Los metros finales fueron recorridos en posición de cuerpo a tierra.

Al llegar a la cúspide de la loma, apartaron un poco las hierbas que les estorbaban la visión. Entonces, tanto Úrsula como Wreston se quedaron sin respiración.

En efecto, la torre parecía destinada a realizar una perforación en el suelo, dada su peculiar estructura y el lento rotar del trépano, que era movido por la energía producida por un motor auxiliar situado a corta distancia. Vieron también dos coches vivienda, así como un par de grandes bultos cubiertos con lonas, que parecían contener cajones llenos de víveres y pertrechos. Había también media docena de sujetos, muy interesados en los trabajos de perforación, cuya utilidad y alcance resultaba desconocido para el joven.

—Jim —bromeó Úrsula en voz baja—, a ver si ahora resultará

que usted posee en el subsuelo de sus tierras un tesoro y no lo sabe todavía. Es preciso que se entere.

—Lo que sí sé es que esos tipos están trabajando en unos terrenos que no les pertenecen —gruñó él.

—¿Piensa echarlos por la fuerza, Jim? —preguntó ella.

—Pues…

Wreston se calló. ¿Cómo expulsar a aquellos sujetos, superiores en número? Ni siquiera tenía el recurso de llamar en su auxilio a un agente de la autoridad para que forzase a aquellos individuos a abandonar unas tierras que no eran suyas. Todo lo que no hiciese él por su cuenta, sería tiempo desperdiciado.

Sus vacilaciones fueron resueltas del modo más inesperado posible. Una voz áspera, de tonos estridentes, sonó de repente a sus espaldas.

—¡Permanezcan quietos donde están, si no quieren morir a balazos!

Las manos del joven se crisparon sobre la tierra. ¿Cómo había podido ser tan tonto para dejarse sorprender de tan estúpida manera?

Miró a Úrsula. Aun con la máscara, podía verse que la muchacha había palidecido.

La voz ordenó ahora:

—Levántense y mantengan quietas las, manos. Dejen los rifles en el suelo.

—Haga lo que le dicen, Úrsula —murmuró Wreston.

—¡Silencio! —rugió el individuo—. ¡No hablen si no se les da permiso para ello o lo pasarán muy mal! ¡Vamos, arriba, en pie!

Wreston y Úrsula se incorporaron en el acto, levantando las manos y quedándose en aquella posición, sin atreverse a volver la cabeza. Una vez en pie, el mismo individuo les dio otra orden:

—Caminen hacia abajo. Tengan en cuenta que les estoy apuntando con un rifle y que haré fuego a la menor señal sospechosa.

Emprendieron la marcha. Apenas habían recorrido un espacio de diez metros, vieron que los individuos que trabajaban al pie de la loma, se agitaban y corrían de un lado para otro. Dos o tres de ellos requirieron sus riñes y apuntaron con ellos a la pareja.

En cinco minutos llegaron a las cercanías de la torre de

perforación. Entonces, su vigilante les ordenó hacer alto.

—¡Párense!

Wreston y Úrsula se detuvieron. Un hombre se acercó a ellos, después de entregar el rifle a uno de sus compañeros. Era robusto y corpulento, de mirada perspicaz y facciones duras, inamistosas y nada agradables.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —preguntó con brusquedad.

Antes de contestar, Wreston se dijo que debía conservar 1a calma en todo momento. Respiró con fuerza para dominar sus nervios y al fin, dijo:

—Creo que yo también podría formularle a usted análoga pregunta, señor mío.

—¿Por qué? —gruñó el individuo, en medio de la expectación de todos sus acompañantes.

—Porque soy el propietario de las tierras en las cuales están trabajando ustedes ilegalmente, quiero decir, sin mi permiso. ¿Está claro?

Los ojos del sujeto chispearon.

—Ah, usted es Jim Wreston —dijo.

—El mismo. ¿Qué diablos hacen aquí? —preguntó el joven de mal talante.

El hombre no se dignó contestarle. Volvió los ojos hacia la muchacha.

—Me imagino que usted debe ser la directora Úrsula Andrewski.

—Así es —respondió ella.

—Todavía estoy esperando su respuesta —exclamó Wreston, impaciente—. Ni siquiera ha tenido usted la cortesía de presentarse.

—Puede llamarme Doggler —dijo el tipo, mirándole con frialdad —. Y en cuanto a la pregunta que me ha formulado, siento por el momento no poder responderle de forma adecuada —de repente levantó una mano—. Hicks, Vuroff —llamó.

Dos sujetos se presentaron al momento.

—Vigílenlos con sumo cuidado. Pónganlos a un lado y esperen mis órdenes.

—Sí, señor —contestaron los dos individuos al unísono.

Luego se situaron a ambos lados de la pareja y se los llevaron junto a uno de los coches vivienda, mientras el llamado Doggler se

metía en el otro, el cual, según pudo observar Wreston con una rápida mirada, estaba dotado de una elevada antena de radio.

Mientras esperaban la vuelta de Doggler, la mente de Wreston entró en una gran actividad. Tenía la absoluta seguridad de que, en aquellos momentos, Doggler estaba comunicándose por radio con Velthar y pidiéndole instrucciones para resolver la nueva situación que se le había planteado. Se le ocurrió pensar que tal vez Velthar diese la orden de asesinarlos a sangre fría.

¿Qué cosa más fácil, se dijo, que pegarles dos tiros y luego enterrar sus cuerpos en cualquier rincón? Nadie sabría jamás qué habría sido de ellos, y de este modo, Velthar, podría presentar una reclamación legal sobre su propiedad, basándose para ello en la inocupación de la misma, cosa admisible por las leyes marcianas. Tembló por sí mismo y por Úrsula y, presintiendo algo nada agradable, empezó a pensar en la forma de escapar de aquella situación tan crítica.

Miró de reojo a los dos sujetos. Uno de ellos, Vuroff, miraba sin cesar a la muchacha, como si quisiera taladrar con la vista las gruesas ropas que cubrían su esbelto cuerpo. El otro, Hicks, masticaba, con aspecto bien distraído, un largo tallo de hierba.

Hicks estaba a su derecha, sujetando el rifle con la mano de aquel lado. Por lo tanto, el arma quedaba en posición opuesta al lugar en que se encontraba. Seguros de sí mismos, Hicks y Vuroff habían apoyado en el suelo las culatas de los rifles, sin mantenerlos terciados delante del cuerpo. Wreston se dijo que ninguno de los dos esperaba la menor reacción por parte de los prisioneros. Estaban muy confiados.

Entonces, ¿por qué seguir quieto? Pensó que su situación no podía agravarse mucho más de lo que ya estaba. De pronto, empleando todas sus fuerzas, pegó a Hicks un tremendo empellón y lo derribó por tierra.

Hicks lanzó una imprecación al verse rodar por el suelo. Úrsula lanzó un agudo grito.

Durante unos segundos, Wreston se convirtió en un verdadero torbellino. Vuroff empezó a levantar su rifle, pero el joven saltó hacia él y le asestó un terrible puñetazo en la mandíbula que le privó al instante del conocimiento.

En aquel instante, Hicks se incorporaba, bramando de cólera, a

la vez que levantaba el cañón de su rifle.

Wreston lo habría pasado muy mal, a no ser por la inesperada y oportuna acción de la joven, quien asestó un puntapié a Hicks alcanzándole en el brazo derecho. El arma cayó al suelo.

Wreston se precipitó sobre el forajido y, agarrándole por el cuello de su traje, empezó a golpearle en la mandíbula, hasta que lo vio desplomarse a sus pies, perdido por completo el conocimiento. En el mismo momento, Úrsula le entregó uno de los rifles.

La rapidez de la lucha había sido tal, que los restantes individuos no habían tenido tiempo de apercibirse de lo que había sucedido. Sólo se enteraron de que se había producido un cambio en la situación, cuando Wreston salió de detrás del carro—vivienda, con el rifle en las manos.

Sonó un grito de alarma. Un individuo alzó su rifle.

Estalló un disparo. El sujeto dio un salto convulsivo y cayó al suelo, fulminado por el proyectil.

En seguida, Wreston decidió emprender una política de terror con aquellos individuos. Su dedo índice se movió velozmente, apretando el gatillo sin solución de continuidad, mientras movía el cañón del arma en todas direcciones.

Habiendo derribado a uno de los invasores, ya no tenía más interés en herir a otros, a menos que le resultase forzoso defenderse apelando a cualquier medio. Las balas volaron por todas partes; chocaban contra las estructuras metálicas y rebotaban, perdiéndose a lo lejos con agudísimos chillidos. Aterrorizados, los invasores se dispersaron en todas direcciones, escapando de aquel alud de proyectiles que les llovía, sin que supieran exactamente la forma en que había llegado el rifle a manos del que hasta unos momentos antes había sido su valioso prisionero.

De pronto, Úrsula lanzó un agudo grito.

—¡Cuidado, Jim, a su derecha!

Wreston giró la cabeza. Doggler aparecía en aquel momento, armado con una pistola, en la puerta de su coche. Wreston apretó el gatillo dos veces, obligándole a refugiarse en el interior del vehículo a toda velocidad.

El joven arrojó un rápido vistazo al indicador de carga del rifle. Todavía le quedaban cinco o seis cartuchos de los veinticuatro que contenía el cargador. El sistema de disparo del rifle era análogo al

de la pistola de Úrsula, excepto que la longitud del cañón le permitía alcanzar un blanco más lejano con los proyectiles.

No se lo pensó dos veces; apoyó el rifle en la cadera y, situando el cañón en dirección al coche, abrió fuego otra vez, descargando el arma en seis segundos. Acto seguido, tomó el otro rifle que Úrsula tenía en las manos, todavía sin utilizar.

Los proyectiles poseían la suficiente potencia para atravesar las delgadas planchas del vehículo. El aire que se escapaba de su interior resultó fácilmente visible al condensarse el vapor de agua que contenía en la fría atmósfera marciana.

Entonces, Wreston levantó, la voz:

—¡Doggler, salga o volveré a disparar! —Bajó el tono al dirigirse a Úrsula—. Vigile a Hicks y a Vuroff.

Ella asintió. Los dos sujetos continuaban todavía bajo la acción de los golpes recibidos.

Un pañuelo blanco asomó por una rendija de la puerta del coche.

—¡No tire, Wreston; me rindo! —gritó furioso Doggler.

—Muy bien. Salga con las manos en alto.

El individuo hizo lo que le decían. Parecía más furioso que abatido.

—Estuvo a punto de acribillarme, Wreston —protestó, indignado.

Wreston contuvo las ganas que tenía de estrellarle el cañón del arma en los labios.

—Marte no hubiese perdido nada con su muerte —gruñó. De repente, apoyó el cañón del arma en el pecho del invasor—. Doggler, quiero que me diga cuál es el objeto que persiguen al perforar en terrenos que son de mi propiedad. ¡Pronto o disparo!

Los labios del sujeto temblaron.

—Usted no se atrevería a matarme a sangre fría —dijo.

—¿Que no? —dijo el joven en tono truculento—. Pruebe a callar más de diez segundos y le daré una respuesta con plomo.

Doggler vaciló unos segundos. Luego pudo darse cuenta de que Wreston no bromeaba.

—Está bien —gruñó—. Buscamos muestras de minerales del subsuelo.

—¿Para qué? —preguntó Wreston, muy extrañado.

—Este valle posee una fertilidad extraordinaria. Simplemente, queremos averiguar sus causas.

—Usted me engaña, Doggler —contestó Wreston con aspereza.

—Le aseguro que…

—¡Es igual! —cortó el joven de repente—. Escuche lo que voy a decirle: voy a dejarles un coche para que se alejen de aquí acto seguido. ¡O se van o se quedan bajo tierra, elija! —concluyó con acento que no admitía lugar a réplica.

Los dientes de Doggler chirriaron.

—Volveremos a vernos, Wreston. Y seguro que nuestro próximo encuentro no tendrá nada de agradable —amenazó.

—¿De veras? Entonces, para que se acuerde de mí…

Y, antes de que el sujeto pudiera aprestarse a la defensa, volvió el rifle y le hundió la culata en el estómago. Cuando Doggler, agónicamente se dobló sobre sí mismo, le golpeó de nuevo, ahora en un lado de la cabeza. Doggler se desplomó al suelo, convertido en un ovillo, en medio de un fuerte espasmo de dolor.

Hicks y Vuroff se habían recobrado ya. Wreston les amenazó con el arma, reduciéndoles a la impotencia. Los otros individuos se habían retirado y observaban la escena desde una prudente distancia.

Momentos después, el grupo de invasores, llevándose el cadáver de su compañero, montaba en uno de los coches y emprendía la marcha. Cinco minutos más tarde, Wreston y Úrsula quedaban solos.

CAPÍTULO VIII

CON un movimiento de cabeza, corno si estuviera descontento de sí mismo, Jim Wreston murmuró:

—Esto no me gusta, Úrsula.

—¿Por qué? —quiso saber la joven.

—Me estoy convirtiendo en un sujeto ávido de sangre. Es la segunda muerte que cometo en pocos días y…

—¡Tonterías! —exclamó ella—. ¡Usted defiende su vida, en primer lugar, y en segundo, lo que es suyo, de unos sujetos sin escrúpulos que han causado ya más de dos centenares de víctimas! Sin contar con que también a mí me ha defendido.

—Pero…

—Será mejor que echemos un vistazo a esto que hay por aquí, Jim. ¿Sabe? —le atajó Úrsula—, las respuestas de Doggler no me convencieron en absoluto. Para conocer las causas de la fertilidad de un terreno no es necesario perforar hasta el subsuelo. Al menos —agregó, lanzando una mirada hacia la torre—, con un trépano que parece capaz de alcanzar varios miles de metros de profundidad. Me parece que mentía.

—Eso mismo he pensado yo —convino Wreston—. Sin embargo soy solamente un pobre ranchero, con apenas unos elementales conocimientos de geología. No obstante, creo que Doggler no andaba del todo desencaminado.

—Bien, vamos a verlo —dijo Úrsula.

Lo primero que hicieron fue examinar el potente motor que, al continuar funcionando, seguía moviendo el árbol rotor del trepano. Era un motor eléctrico, activado por una diminuta pero poderosa pila nuclear, convenientemente protegida por una de las últimas aleaciones inventadas, de poco peso y espesor, pero sumamente efectiva para detener las radiaciones. Úrsula comentó el elevado precio que debía de haber costado el flete de los instrumentos hasta aquel lugar, en lo que Wreston se mostró de acuerdo.

Luego penetraron en el coche donde se había refugiado Doggler desde un principio. Estaba muy bien acondicionado para vivienda y oficina de trabajo, pero lo que más atrajo su atención fue el enorme planisferio marciano que ocupaba toda una de las paredes del

vehículo.

La radio estaba destrozada por dos de los proyectiles disparados por Wreston, así que no había ni que soñar siquiera en utilizarla. En vista de ello, se acercaron al planisferio, en el cual observaron unas extrañas señales hechas en tinta verde.

—¿Qué significa esto? —preguntó Úrsula, extrañada.

Wreston achicó los ojos, mientras hacía funcionar activamente su cerebro. Las manchas eran irregulares y distintas entre sí en su conformación y tamaño, pero poseían una característica común: seguían una dirección idéntica.

Wreston y Úrsula se percataron del detalle casi al mismo tiempo.

—Fíjese, Jim —exclamó ella, presa de una viva excitación—, las manchas siguen una línea común, en una faja situada entre los diez y veinte grados al sur del Ecuador y alcanzan una longitud total de unos ocho mil kilómetros, es decir, casi la mitad de la circunferencia del planeta. ¿Qué quiere decir esto?

—A pesar de todo, hay muchos espacios entre las manchas —objetó Wreston.

—Eso no importa ahora —contestó la muchacha—. Lo verdaderamente interesante es que siguen una dirección y ocupan una anchura casi definidas. Pero —añadió de repente—, ocho mil kilómetros son muchos kilómetros.

—En eso estoy de acuerdo —expresó Wreston. De pronto se dio cuenta de que su granja estaba situada en una de aquellas áreas verdes—. Me gustaría saber qué objeto tienen estas marcas, Úrsula.

Ella se volvió y empezó a mirar en torno suyo.

—Quizá Doggler abandonó papeles que puedan ponernos sobre la pista, Jim —sugirió.

—Bueno, vamos a ver qué encontramos.

Ciertamente, encontraron muchos papeles, pero sin que por ellos pudieran obtener detalles claros de lo que buscaban. Hallaron rastros de sondeos realizados en muchos lugares, informes geológicos, geográficos y meteorológicos, incluso mapas con curvas de nivel magnéticas, pero nada definitivo que les pusiera sobre la pista de lo que buscaban aquellos individuos.

El registro hubo de ser suspendido al fin cuando se dieron cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos en encontrar alguna pista.

—Salgamos fuera, Jim —sugirió Úrsula.

Una vez en el exterior, contemplaron el trabajo de la perforadora en silencio.

—Más de dos centenares de víctimas, un asalto al astropuerto y una invasión de sus tierras, sin hablar de las explosiones producidas en distintos puntos —manifestó la joven—, deben tener, sin lugar a dudas, una base sólida y firme, un objetivo concreto y definido, Jim.

—El cual nos es desconocido por el momento —dijo él—. Y ahora que aquí ya no hacemos nada, Úrsula, ¿por qué no nos volvemos a casa? Quiero informar al comandante Hoffer de lo ocurrido y pedirle nuevas instrucciones, así como que me explique con claridad todo lo que sepa sobre el asunto y que se calla al público.

—Es una buena idea —convino ella.

—Detendré el motor de la perforadora —exclamó Wreston, dirigiéndose hacia el mismo.

Empezó a buscar el interruptor de contacto en el cuadro de mandos, y ya creía haberlo hallado, cuando Úrsula llamó su atención con un grito:

—¡Espere, Jim!

Wreston se volvió para mirarla. El rostro de la joven expresaba una profunda concentración.

—¿Qué le sucede, Úrsula?

—Ese trépano —dijo ella.

—No entiendo —rezongó Wreston—. Sigue girando.

Las pupilas de Úrsula brillaban de un modo singular.

—Desde luego, pero a una velocidad muy reducida, posiblemente a menos de la mitad que giraría si, por ejemplo, se tratase de hallar una bolsa petrolífera.

Wreston pegó un respingo.

—¡Cómo! ¿Supone usted que Doggler y sus hombres trataban de hallar petróleo?

—No puedo asegurarlo —respondió la muchacha—, pero, en todo caso, ¿por qué no admitir tal posibilidad? Las condiciones geológicas del subsuelo marciano no pueden ser muy diferentes a las del terrestre.

Wreston agitó las manos un momento.

—Vayamos por partes, Úrsula. En efecto, un campo petrolífero

en Marte provocaría un notable cambio en las actuales condiciones de vida. Sin embargo, su utilización, después del inevitable refinamiento, que entrañaría la construcción de las instalaciones que son de suponer, presentaría también notables inconvenientes que no sé si alcanzarían a hacer rentable su consumo.

—¿A qué inconvenientes se refiere usted, Jim?

—Sería preciso, en primer lugar, construir o importar, tanto da, motores de explosión. Pero un motor de explosión necesita oxígeno y la proporción del que hay en la atmósfera marciana es un quince por ciento respecto del de la atmósfera terrestre. Cabría el uso de compresores o el aditamento al motor, de una batería de suministro extra de oxígeno para los pistones de ese supuesto motor de explosión. Ahora bien, ¿de dónde se obtendría tanto oxígeno, Úrsula?

—Los yacimientos de carbonita son abundantísimos —dijo ella —. Prácticamente, los hay en toda la redondez del globo marciano…

—Sería preciso montar más instalaciones para la obtención del oxígeno puro… claro que ya las hay para las necesidades de nuestra vida actual, pero si se produjese una intensa motorización del planeta, tendría que aumentarse de una manera muy notable, yo diría casi exorbitante, el número y capacidad de tales instalaciones.

Úrsula hubo de reconocer, a su pesar, lo atinado de las observaciones del joven.

—Entonces, si no buscan petróleo, ¿por qué perforan el suelo? —exclamó ella en tono desanimado.

—¿Es que sólo se puede perforar el suelo para obtener petróleo, Úrsula? —preguntó Wreston de repente.

Ella se quedó mirándole con los ojos muy abiertos.

—Jim —murmuró en tono muy bajo.

—Tiene que haber algo más que petróleo bajo el suelo, Úrsula…

—¡Las manchas verdes! —gritó ella de pronto. Luego dio una vuelta casi completa en torno suyo— Jim, fíjese en la altura de la hierba marciana. Es excesiva, ¿no cree?

—Siempre lo he pensado, aunque no he podido llegar a una conclusión satisfactoria… mejor dicho, no me he preocupado demasiado en explicarme el fenómeno.

—¡Pues ya es hora de que se preocupe usted! —exclamó ella con

vehemencia—. ¡Esos tipos buscan agua y este valle la tiene abundantemente en el subsuelo! ¡En todas las manchas verdes marcadas en el mapa hay agua! ¡Jim, está en camino de convertirse en un hombre riquísimo!

—Pero en los canales también hay agua —contradijo Wreston.

—Desde luego, aunque no durante todo el año, sino tan sólo en el verano, cuando se funde el hielo de los casquetes polares y el líquido procedente de la fusión corre libremente a lo largo de los canales. ¿No es del Canal del Ganges de donde se surte usted?

—Desde luego. Y cuando hay agua, tengo que hacer muchos viajes para proveerme para una buena temporada.

—Ahora —dijo Úrsula con los ojos muy brillantes— imagínese qué sería si el líquido abundase durante todo el año. Usted posee novecientos kilómetros cuadrados de terreno. Trate de suponerse lo que valdría su propiedad, una vez revalorizada por el agua empleada sin límites, después de las convenientes canalizaciones.

—Es cierto —convino él—. Sin embargo…

—¿Qué, Jim? —dijo ella anhelante.

—¿Explica eso las muertes y las destrucciones originadas?

Un espeso silencio descendió de pronto sobre el ambiente. Úrsula volvió la vista hacia la torre de perforación.

—Recuerde —dijo Wreston—, su granja… perdón, la que iba a ser su Granja, voló en mil pedazos, aparte de otros centros científicos y técnicos. ¿Por qué se produjeron esas explosiones?

—No tengo la menor idea, Jim.

—¿Y el asalto a Flammarion?

—Para hallar las respuestas adecuadas a esas preguntas, tendríamos que echar el guante al inefable Velthar y someterle a tortura, Jim. Aun así, dudo mucho de que hablase.

—Lo mismo creo yo —Wreston bajó el interruptor y el generador de energía se detuvo en el acto. A continuación tomó el brazo de la joven—. Por ahora, lo mejor es regresar a casita.

—Estoy conforme en ello, Jim —aceptó Úrsula.

Volvieron adonde estaban los «zrinns», los cuales no se habían movido del lugar en que los habían dejado. Por consejo de Wreston, Úrsula tomó los mandos del coche durante unos momentos, hasta que la pequeña manada siguió al guía sin reticencia alguna. Entonces, Wreston trepó a la cabina y el vehículo aceleró

ligeramente su marcha.

Los «zrinns» les siguieron a un moderado trote que no podía fatigarles en modo alguno. Una hora más tarde, los animales estaban encerrados nuevamente en el corral y los dos jóvenes penetraban en la casa.

CAPÍTULO IX

LO primero que hizo Jim Wreston, una vez se hubo despojado de su equipo y ropa de abrigo, y mientras Úrsula preparaba la comida, fue ponerse en contacto con Flammarion.

En un principio, Hoffer se mostró reticente a contestarle en persona, pero cuando Wreston insistió en que, si no lo hacía, le iría a ver al mismo astropuerto, accedió a colocarse ante el micrófono. Entonces, Wreston le relató lo sucedido con todo lujo de detalles, incluyendo la descripción de las instalaciones de perforación, así como el mapa que habían encontrado en uno de los coches vivienda de los invasores.

Hoffer le escuchó en silencio. Cuando Wreston hubo terminado, empezó a despedirse. Esto encolerizó al joven, quien no pudo por menos de dejar escapar un ex abrupto.

—¡Comandante, espere un momento maldita sea!

—¿Qué es lo que quiere usted, Jim?

—Escuche, desde hace una semana, estoy envuelto en un serie de jaleos como nunca me había pasado en los días de mi vida. ¿Qué diablos ocurre aquí? ¿Quién se ha vuelto loco en este cochino planeta? ¿Es que piensa que voy a pasarme la vida sosteniendo tiroteos con el primero que se ponga delante de la mira de mi rifle?

—Jim, éstos son problemas derivados del crecimiento de la colonia —contestó Hoffer en tono filosófico—. Espere un poco; transmitiré al gobernador de Terralia su información y luego le diré qué es lo que debe hacer.

—¡Pero es que si esos tipos me atacan…!

Hoffer cortó en seco las apasionadas protestas del joven. Éste juró y maldijo unos instantes, hasta que se hubo desahogado. Luego encendió un cigarrillo y se asomó a la cocina, donde Úrsula aparecía muy atareada en la labor de preparar la comida.

—¿Qué ha dicho el comandante Hoffer, Jim? —preguntó.

—Luego me dará instrucciones —contestó él.

—No es muy alentador por su parte —comentó la muchacha—. Debiera enviarnos un par de guardias como ayuda, por si a esos tipos se les ocurre darnos un disgusto.

—No los mandarán —rezongó Wreston de mal talante—. Nos

dejarán aquí solos y… oiga, ¿qué hace su representante general? ¿Es que no sabe que está aquí todavía?

—La comida está ya lista —dijo Úrsula—. Sí —añadió, sumamente pensativa—, será cosa de hablar con mi representante cuando hayamos comido.

Se sentaron a la mesa, consumiendo los alimentos en medio de un sombrío silencio. Al terminar, Úrsula hizo un poco de café y luego fumaron un cigarrillo.

—Ya es hora de que llame a Flammarion para que me pongan en contacto con mi representante —sugirió la muchacha.

—Muy bien —contestó Wreston.

Y en el momento en que se ponía en pie, sonó la señal de llamada.

Se abalanzó sobre el micrófono.

—FU—47 al habla —dijo casi a gritos.

—Flammarion —le contestaron —. Soy Hoffer, Jim.

—No puedo decir que me alegra oírle, vistas las circunstancias —contestó el joven con acritud.

—Lo que voy a decirle le alegrará menos todavía, Jim. —aun a través del altoparlante, era fácil advertir el tono inusitadamente grave que latía en la voz de Hoffer—. He recibido la orden, y se la transmito a usted, de guardar silencio absoluto sobre todo lo sucedido hoy en su propiedad. No deberá hablar ni comentar nada con ninguna persona, a excepción, como es natural, de la directora Andrewski que se encuentra con usted y que, lógicamente, lo sabe todo de cuanto ha visto y oído en sus tierras. Jim —añadió Hoffer —, ésta es una orden estricta cuyo quebrantamiento entrañará la expulsión fulminante del planeta.

El joven se quedó con la boca abierta.

—Pero, por el amor de Dios, ¿qué es lo que pasa? —gritó, cuando al fin hubo recobrado el habla.

—Es algo muy secreto por ahora, Jim —respondió el jefe de Flammarion.

—Le recuerdo que, según sus propias palabras, hay una sublevación armada, comandante —gruñó el joven—. Le recuerdo también, que dos tipos han muerto a mis…

—Lo sé muy bien, Jim —le interrumpió Hoffer—. Escuche, voy a decirle una cosa, aun a riesgo de sufrir una grave reprensión. Es

cierto que se han producido alteraciones, pero si hiciéramos pública la causa, el jaleo sería mucho más gordo todavía, ¿comprende?

—¡No! —contestó Wreston.

—Bueno, de todas formas, confiamos en que pronto lo tendremos todo resuelto. Mientras tanto, queda autorizado para responder a tiro limpio a todo aquel que se le acerque con intenciones hostiles. Eso es todo, Jim.

—Todo no, comandante. Espere unos segundos; tengo aquí a una persona que desea hablarle.

Y pasó el micrófono a la joven.

—Comandante Hoffer, soy la directora Úrsula Andrewski. Deseo hablar en persona con mi representante general en Marte.

—¿Cómo está, directora? —contestó Hoffer—. Celebro conocerla, aunque sólo sea a través de las ondas hertzianas.

—Mire, comandante —dijo ella, llena de impaciencia—, lo mejor será dejarse de rodeos. ¿Me concede el enlace pedido o no?

—Para usted tengo una orden, directora —contestó Hoffer—. Precisamente cité su nombre cuando transmití a Terralia la información suministrada por el amigo Jim y entonces recibí esa orden. En efecto, el representante general de su país conoce la situación en que se encuentra usted, pero como, por el momento, le es imposible modificarla, le ruega permanezca donde está en tanto no se modifiquen las actuales circunstancias.

—¡Pero yo tenía que hacerme cargo de la dirección de la Granja número doce! —protestó la muchacha con gran vehemencia.

—Por desgracia, su Granja ya no existe, directora. Sólo han quedado unos gigantescos hoyos en donde antes estaban los edificios y almacenes auxiliares. Fue algo terrible… En fin, directora, abrigo la esperanza de que la situación mejore en plazo muy breve. Eso es todo. Corto.

El «click» indicador de que se había cortado la comunicación estalló como un latigazo, Úrsula se volvió y miró al joven, estupefacta.

—No sé cuándo lo dijo usted, Jim, pero tengo la sensación de que dijo la verdad cuando calificó de loco a este planeta.

—A quienes lo habitan —corrigió él.

Acto seguido encendió dos cigarrillos y le pasó uno.

Fumaron en silencio durante unos momentos. Al cabo de un

rato, él volvió a hablar:

—Creo que he cometido una solemne tontería al detener la perforadora, Úrsula.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Por qué dice eso, Jim?

—Porque si el trépano queda detenido, no podremos saber qué es lo que saldrá cuando haya alcanzado la cota conveniente.

—Tiene razón —convino ella. De pronto, chasqueó los dedos—. Jim, ¿por qué no vamos nosotros allí y proseguimos las perforaciones por nuestra cuenta?

—Sí, eso es lo que pensaba sugerirle, Úrsula., pero se me antoja que ya es un poco tarde, y aquel lugar, con el coche vivienda perforado a balazos, no ofrece condiciones para pernoctar. ¿Qué le parece si vamos mañana a primera hora?

—Una idea excelente —manifestó Úrsula. De pronto, se quedó pensativa—. Jim —murmuró.

—Dígame, Úrsula.

—La situación debe de ser muy grave cuando se ha impuesto un silencio absoluto sobre lo que está pasando, ¿no cree?

—En efecto —respondió él—. En verdad, me siento muy preocupado a cada minuto que pasa. Hoffer no ha querido ser explícito en forma alguna… sólo ha dicho que, si se conociera la verdad, se produciría algo muy parecido a la anarquía. Pero esto me sugiere que he de revisar las armas y tenerlas a punto —miró a la muchacha—. Esta noche tendré que vigilar, para ver que nadie se nos acerque subrepticiamente.

—Yo le relevaré cuando usted me lo diga, Jim. No es justo que usted se pase toda una noche en vela.

—De acuerdo.

* * *

Phobos, el mayor de los dos satélites de Marte, surgió por el oeste y empezó a trepar rápidamente hacia las alturas. Agazapado en un rincón del corral, en medio de un absoluto silencio, sólo interrumpido en ocasiones por algún leve «zrinn, zrinn» de los animales del cercano corral, Jim Wreston, bien abrigado, riñe en mano, vigilaba atentamente.

La luz del satélite apenas si aumentó la escasa luminosidad que provenía del cielo estrellado, raso, sin una sola nube. Casi podía afirmarse que la oscuridad era absoluta, aunque, por fortuna, los obstáculos que pudieran confundirse de noche con seres vivientes apenas existían.

Wreston observó con melancolía la rápida ascensión del satélite, que giraba en torno al planeta en el breve espacio de once horas. Si se mantenía la vista fija unos segundos en Phobos, era fácil observar su desplazamiento a través de la bóveda celeste, comparándolo con las luminarias que permanecían inmóviles en el firmamento. En cinco horas y media, el satélite desaparecería otra vez de su vista.

Al alcance de su mano tenía otro rifle cargado, más algunos cargadores de repuesto. Pensó con amargura que el hombre, fuera de la Tierra, no había cambiado en absoluto; continuaba siendo el mismo ser avaricioso, dominador, lleno de ambición y carente de escrúpulos, capaz de matar por otros motivos muy distintos de los de sobrevivir o alimentarse simplemente, como hacían las fieras de la selva. Ahora, un grupo de individuos sanguinarios y codiciosos habían desencadenado un violento conflicto, con gran cantidad de víctimas, sólo por la ambición de poseer unos miles de kilómetros cuadrados de tierra. Con la misma amargura, pensó que el posible castigo de los criminales, por muy severo que fuese, no conseguiría devolver la vida a los que ya habían muerto. ¿Qué harían con ellos si lograban aprehenderles?

Se dijo que, en todo caso, no era cuestión suya, sino de las autoridades. En lo que a él se refería, devolvería golpe por golpe, no por odio o saña, sino sólo por hacer saber a los invasores que estaba firmemente dispuesto a defender lo que era suyo a cualquier precio. «El viejo Nat Wreston se habría sentido en una situación semejante como el pez en el agua», pensó con ironía.

De pronto, sus reflexiones fueron interrumpidas por un ligero ruido que provenía del camino que conducía a la autopista general.

Todos sus nervios y músculos se tensaron en el acto. ¡Alguien se acercaba!

CAPÍTULO X

LA guarda del gatillo era lo bastante ancha para que pudiera pasar un dedo envuelto en el grueso tejido que era preciso utilizar para soportar el intenso frío de la noche marciana. Jim Wreston se esforzó en atravesar las tinieblas con la vista, a fin de localizar mejor a sus invasores.

De pronto oyó un enérgico reniego, aunque el que lo había pronunciado se había esforzado en no levantar demasiado la voz. Alguien contestó al primero en tono desabrido.

De pronto, una luz vivísima rasgó las tinieblas, al mismo tiempo que se escuchaba un profunde siseo, que casi parecía más un bramido.

Wreston cerró los ojos un instante, deslumbrado por aquel inusitado resplandor. Delante de él, á seis u ocho pasos de distancia, alguien llevaba una antorcha fuelle, cuya llama, con una longitud de más de tres metros, alcanzaba una temperatura superior a los 3.000° y era capaz de fundir las piedras como si fuesen mantequilla.

En un instante comprendió lo que pretendían los intrusos: destruirle y quemarle la casa, para hacerle insoportable la estancia en su propiedad. Sin un cubículo estanco bajo el que refugiarse y con el lugar habitado más cercano a trescientos kilómetros de distancia, su situación se haría insoportable y se vería constreñido, por tanto, a abandonar el terreno.

Ya no era posible demorarse más. Los dos individuos, el portador de la antorcha y su auxiliar, el que llevaba los depósitos supletorios de oxígeno y combustible, se acercaban ya a la casa. Al minuto de haber aplicado la llama a los muros, éstos empezarían a fundirse.

Se acercó la culata del rifle al hombro. En el momento en que iba a disparar, sonó una detonación a unos cien metros a su derecha.

Muy asombrado, Wreston miró en aquella dirección. Los intrusos se detuvieron también.

—¡Cuidado, que me abrasas! —gritó el auxiliar, increpando al portador de la antorcha.

De repente, estalló una serie de detonaciones en el mismo punto.

Desde el lugar en que se hallaba Wreston divisó los relámpagos de los disparos que taladraban la oscuridad a modo de lancetazos de fuego, con un ritmo vivo y sostenido. Un proyectil pegó contra una superficie metálica y se perdió a lo lejos con metálico gañido.

Wreston no sabía lo que estaba sucediendo al otro lado; sin embargo, los intrusos de la antorcha continuaban en el mismo sitio, asombrados y desconcertados. Sin apuntar apenas, empezó a disparar con toda la rapidez posible. No quería causar víctimas innecesarias, sino tan sólo asustar a los invasores y obligarles a huir.

Sonaron gritos de alarma y reniegos de cólera. Alguien disparó una pistola en su dirección. Wreston largó una andanada hacia el lugar donde había visto brillar los relámpagos de los pistoletazos y el sujeto echó a correr.

El hombre de la antorcha empezó a chillar frenéticamente al ver que se quedaba solo. A fin de aumentar su pánico, Wreston, cambiando de rifle cuando fue necesario, cubrió de balas el espacio en torno al individuo, aterrorizándole con el estruendo de los disparos y el gañido de las balas al rebotar.

El sujeto se despojó de las correas que sostenían la pesada antorcha fuelle a su cuerpo y la arrojó al suelo, sin preocuparse de apagarla siquiera. Luego, despavorido, espantado hasta el límite, echó a correr como un loco, perseguido por unos cuantos disparos más que le hizo el joven.

El tiroteo remitió hasta casi cesar del todo. Wreston aprovechó la ocasión para renovar las municiones y luego hizo un par de disparos más a lo lejos. Suponía que los invasores debían de haber venido en un coche y quería acelerar su partida. Divisó a lo lejos el vago resplandor del cuadro de mandos de un vehículo, cuyo resplandor se esfumó a los pocos segundos.

Se puso en pie, sumamente preocupado por el tiroteo que se había producido en el instante en que él se disponía a abrir el fuego. Entonces, sonó una voz que le sacó de dudas:

—¡Jim! ¿Está ahí?

El asombro del joven fue infinito.

—¡Úrsula! —gritó.

La muchacha echó a correr hacia él. En pocos segundos se hizo visible en el amplio círculo de luz producido por el resplandor de la llama que aún seguía brotando de la espita de la antorcha.

—¡Jim —exclamó Úrsula con vehemencia—, qué susto he pasado cuando vi encenderse la llama! Creí que…

—Usted se habrá asustado, pero yo a poco más me vuelvo loco cuando escuché sus disparos. Porque fue usted la que hizo fuego, ¿no es así?

—Desde luego —afirmó Úrsula—. Pero primero, antes de seguir hablando, vamos a apagar esto.

Se acercó a la antorcha y, cubriéndose el rostro con una mano, se agachó y cerró la espita. La rugiente llama se extinguió en el acto. El cese de su intolerable resplandor fue un alivio para los ojos de ambos.

—No comprendo cómo estaba usted allí —dijo Wreston—. Desde el lugar en que yo me hallaba, tenía que haberla visto salir a la fuerza. La esclusa de la casa caía directamente en mi campo de visión.

Úrsula sonrió en la oscuridad.

—Ni me vio, ni me oyó, Jim; estaba dormido.

—¡Qué! —resopló él.

—Como lo oye —reafirmó Úrsula—. De todas formas, creo que el peligro ya se ha alejado, al menos por esta noche, así que vámonos adentro y tomaremos una taza de café, que buena falta nos está haciendo.

Wreston penetró en la casa, siguiendo a la muchacha, sin comprender todavía lo sucedido. Ella se lo explicó mientras preparaba el café.

—Me desperté pasada la media noche y pude darme cuenta de que usted no había cumplido su palabra de llamarme para que le relevase. Así que me vestí y equipé, tomé el rifle y salí afuera. Me acerqué a usted y le vi sentado, con la cabeza apoyada contra un poste de la cerca, conque juzgué oportuno no despertarle. Entonces, fui a dar una vuelta por las inmediaciones y al poco rato fue cuando vi llegar a los dos sujetos en el coche. De momento, decidí esperar un poco a ver qué pasaba, pero cuando observé que encendían la antorcha, me dije que era hora de pasar ya a la ofensiva. Abrí el fuego y… bien, usted me secundó. Debía de estar ya despierto, Jim.

—Sí, desde luego —convino él, un tanto avergonzado, por tener que reconocer que se había adormilado un poco—. Así tuvo que ocurrir y, además de darle las gracias por su oportuna acción, tengo

que pedirle perdón; estuve a punto de dejar que le ocurriese algo con un sueño tan intempestivo.

—No se preocupe —Úrsula sonrió de un modo encantador—. El caso es que con nuestra acción hemos logrado dos objetivos: uno, espantar a los intrusos, y el segundo, demostrarles que no sólo no nos arredran sus amenazas, sino que permanecemos en guardia y vigilantes en todo momento.

—En cuanto a eso —convino él—, ya no debe quedarles ninguna duda, por supuesto —frunció el ceño—. Son duros y tenaces, aunque no acabo de comprender por qué insisten en una partida que ya tienen perdida de sobra. ¿No se le ocurre a usted alguna idea para aclarar este endiablado y enredado asunto?

—En absoluto —repuso Úrsula—. Lo único que puedo decirle es que ya está hecho el café. Vamos a tornarnos un par de tazas.

Pasaron el resto de la noche vigilantes y en tensión, pero ya no se produjo ningún otro incidente. Al clarear el día, ingirieron un sólido desayuno y luego prepararon una bolsa con provisiones, así como depósitos suplementarios de oxígeno, a fin de no tener que volver durante la jornada a aprovisionarse.

Cuando todo estaba listo y se disponían a partir, Wreston divisó en el cielo un puntito negro que se acercaba con rapidez.

—Cuidado, Úrsula —exclamó—, viene alguien.

Ella se acercó a la vidriera más próxima.

—Y debe de ser de importancia, a juzgar por el medio de transporte que emplea —comentó—. Hasta ahora, Velthar y todos los demás utilizaron vehículos terrestres, pero éste viaja por el aire. Debe de ser un pez gordo, indudablemente. ¿De Terralia. Jim?

—¡Hum! —gruñó él, no muy convencido —. De todas formas, bueno será estar preparado para cualquier eventualidad. ¿Ha revisado su rifle?

—Claro —rió ella—. Me siento como una de aquellas bravas mujeres que acompañaban a los colonizadores en su país y disparaban los rifles contra los indios detrás de las carretas.

—Se nota que ha leído la historia del viejo Nat Wreston —sonrió él.

El aparato, un helicóptero, especialmente diseñado para la poco densa atmósfera marciana, evolucionó sobre la casa y se dispuso a tomar tierra. Entonces, Wreston concibió una idea y se la comunicó

a la muchacha, quien aprobó al instante la sugerencia. Recogió su rifle y se escondió en la habitación contigua, aunque dejando una rendija abierta a fin de escuchar lo que se iba a hablar en el salón.

Momentos después, dos hombres penetraban en la casa. Wreston reconoció al instante a uno de ellos aun antes de quitarse la máscara de oxígeno: era Velthar. El sujeto le saludó con frialdad.

—¿Cómo está, señor Wreston? Tengo el gusto de presentarle al señor Corelli. Éste es Jim Wreston, señor Corelli.

El joven se dio cuenta en el acto de la deferencia que empleaba Velthar al tratar a su compañero, aunque no hizo ningún comentario al respecto, limitándose a contestar a los saludos con sendas inclinaciones de cabeza. Luego dijo:

—No me siento demasiado contento de verles a ustedes en mi casa, de modo que les agradeceré expongan cuanto antes el motivo de su visita. Aunque —añadió en tono duro—, conozco de antemano lo que me van a decir, ustedes debieran suponerse ya cuál va a ser mi respuesta.

—Señor Wreston —dijo Corelli, un sujeto alto, pálido, de ojos aguanosos y rostro desdibujado, pero en cuyas facciones se adivinaba un ansia de poder y de dominio difícilmente disimulada —, creo que mi compañero Velthar no supo estar a la altura de la misión un tanto diplomática que yo le confié. Entre tanto, se han producido ciertos incidentes, de los cuales es preferible no hablar y que yo soy el primero en lamentar…

—Al grano, al grano —rezongó Wreston, impaciente—. Si usted lamenta esos incidentes, imagínese cómo estaré yo. Veamos ahora qué es lo que piensa hacer usted, señor Corelli, ya que se considera mejor diplomático que ese sinvergüenza que tiene a su lado —sonrió con expresión de disculpa, mirando a Velthar—. Usted perdone, pero es que yo soy un colono marciano y la diplomacia no es mi fuerte.

Velthar refunfuñó algo entre dientes. Corelli levantó una mano en ademán de imponer silencio.

—Está bien —dijo—. Puesto que usted lo quiere así, señor Wreston, iremos directamente al grano. ¿Qué le parecen cien mil dólares, al contado rabioso, por sus tierras?

En el primer momento, Wreston no pudo por menos de asombrarse al escuchar la proposición de su visitante. Pero no tardó

mucho en reflexionar y llegar a una conclusión.

—La oferta, en apariencia, es magnífica… —dijo.

—Jamás se había pagado un precio semejante por ninguna propiedad, en Marte —intervino Velthar.

Corelli levantó su mano.

—Dejemos que el señor Wreston continúe hablando. Sin duda, lo que tiene que decirnos es muy interesante.

—En efecto —contestó el joven—. Mi propiedad es, aproximadamente, un cuadrado de treinta kilómetros de lado, lo cual significa que sus dimensiones son de novecientos kilómetros cuadrados o noventa mil hectáreas. Por tanto, de aceptar su oferta, significaría que les vendo mis tierras a razón de un dólar y once centavo la hectárea de terreno… ni siquiera cincuenta centavos por acre.

—En Marte, es un precio exorbitante —dijo Corelli.

—No lo dudo, aunque todas las cosas tienen dos caras y una de ellas, en lo que se refiere a mis terrenos, es lo que califica usted de precio exorbitante. Nadie pagaría una suma semejante por una propiedad que no valiese, tasándola por lo bajo, el doble por lo menos.

—¿Aceptaría usted ciento cincuenta mil? —ofreció Corelli rápidamente—. Representa un dólar y sesenta y seis centavos por hectárea o casi setenta por acre. Dígame, Wreston, ¿cuándo ha oído pagar usted tal precio por ningún terreno en este planeta?

—No, nunca, tengo que admitirlo —contestó el joven.

—Entonces… —demandó Corelli con avidez..

Wreston sonrió.

—Mi propiedad va subiendo de valor. Ahora ya vale, al menos, trescientos mil dólares.

—Dije ciento cincuenta mil —gritó Corelli, empezando a perder los estribos.

—Es que yo consideraré el valor de mis tierras siempre al doble de lo que usted me ofrezca —respondió Wreston en tono natural.

Los ojos de Corelli chispearon un instante.

—¡Doscientos mil! ¡Es mi última oferta! —gruñó.

—Ahora mis tierras ya valen cuatrocientos mil —rió el joven sarcásticamente—. ¿No sube la oferta, Corelli?

—Con este tipo no valen los tratos, jefe —dijo Velthar en tono

rencoroso—. Ya le dije yo antes que sólo se podía tratar con Wreston de una forma.

Wreston volvió los ojos hacia el individuo e inmediatamente se sintió atacado de una incontenible oleada de cólera. Recordando los riesgos que había corrido, decidió que Velthar se merecía una buena lección.

Antes de que el sujeto pudiera percatarse de sus intenciones, saltó hacia él y le clavó el puño en el estómago, haciéndole doblarse sobre sí mismo. Velthar dejó escapar el aire de sus pulmones ruidosamente, pero casi en el acto se enderezó cuando el puño de Wreston le alcanzó bajo la barbilla, con efectos devastadores.

Velthar se desplomó al suelo, inconsciente. A continuación, Wreston se volvió hacia Corelli, dispuesto a pelearse con él si hacía algún gesto para defender a su acompañante.

Pero Corelli no se había movido. Con ojos impasibles, contempló el yacente cuerpo de Velthar, sin que su rostro dejara traslucir los sentimientos que se albergaban en su interior.

—Y bien, señor Wreston —dijo fríamente—, ahora que se ha desahogado, ¿cuál es su respuesta?

—Va a oírla usted en seguida, Corelli —respondió el joven en tono acalorado—. Aunque me ofreciese diez veces la cifra citada, jamás haría tratos con unos individuos que empezaron por atacarme a tiros y que han tratado de liquidarme en varias ocasiones…

—Torpezas de Velthar —exclamó Corelli con viveza—. Ya dije antes que no es muy buen diplomático.

—¡Me importa un rábano que lo sea o no! —masculló Wreston, furioso—. En primer lugar, está lo que ya he manifestado; y en segundo, si estas tierras valen tanto para ustedes, siempre valdrán el doble para mí. Por ambas razones, no venderé jamás… al menos, a personas que quisieron apoyar con disparos de rifle sus tratos comerciales. Y ahora que ya lo sabe todo, lárguese cuanto antes de aquí, Corelli.

Los ojos del individuo se achicaron un instante.

—Es una lástima que haya adoptado usted una postura tan irreductible —contestó sin inmutarse.

—En estas condiciones, la única que cabe. Ya entiendo que me está amenazando, pero le advierto una cosa: si intenta algo contra mí, empezaré a tiros dondequiera que ésta y cualquiera que sea su

posición. ¿Está claro?

—Clarísimo —respondió Corelli sin alterarse.

En aquel momento, Velthar empezó a rebullir en el suelo.

Un momento después, Velthar se ponía en pie, mirando al joven con ojos inyectados en sangre.

—Volveremos a vernos —gruñó.

—Si en diez segundos no se ha marchado de aquí, lo echaré a puntapiés —amenazó Wreston—. Y esto va también para usted, Corelli.

El tono de Corelli era más sosegado, pero lo mismo de amenazador cuando respondió:

—Velthar tiene razón; volveremos a vernos. Adiós, Wreston.

El joven no contestó. Permaneció callado, con los brazos cruzados, completamente inmóvil, hasta que el helicóptero empezó a remontarse en los aires. Entonces sintió que Úrsula se le acercaba.

CAPÍTULO XI

LA muchacha dijo:

—Una conversación muy interesante, ¿eh?

Antes de contestar, Wreston dejó que se disipara un poco la ira que sentía.

—Ya lo creo; pero que no me ha sacado de dudas, Úrsula.

—Al menos, no puede negar que le ha aclarado una cosa, Jim.

—¿Cuál? —preguntó él.

—Es usted un hombre rico. Posee un rancho de noventa mil hectáreas de extensión, cada una de las cuales vale, como mínimo, ocho o diez dólares en lugar de uno o dos, como pretendía pagarle Corelli… y quizá me quede corta en la evaluación de su propiedad.

—Pero, ¿por qué ofrecen tanto dinero? —exclamó él, al borde de la exasperación.

—Yo me preguntaría mejor: ¿por qué no dudan en recurrir a la violencia para conseguir sus fines? ¿Es que no se dan cuenta de que, a la larga o a la corta, están irremisiblemente perdidos y que acabarán cayendo bajo el largo brazo de la ley?

—Todo eso me importa un rábano por ahora —gruñó Wreston, descontento—. Voy a llamar a Hoffer y a explicarle lo sucedido.

—No creo que el jefe de Flammarion le ayude mucho —comentó Úrsula en tono desanimado.

Wreston no hizo caso y se acercó al transmisor. Momentos después, estaba hablando con el comandante Hoffer. Terminó su narración casi a gritos:

—Comandante, ¿qué diablos tienen mis tierras?

—No lo sé, Jim.

—Su tono tiene muy poco de convincente —gruñó Wreston—. Usted sabe mucho, pero se lo calla todo.

—Lo siento, Jim; yo…

—Sí, sí, no continúe —dijo él en tono exasperado—. Ahora, vea a ver qué datos puede darme de mis dos visitantes. Ya le he dicho los nombres, es decir, los que ellos me facilitaron. ¿No tienen en las oficinas aduaneras una especie de archivo donde anotan los nombres y demás características de todo sospechoso, así como los de las personas que por alguna razón han sido expulsadas del

planeta?

—Sí, creo que hay algo de eso —contestó Hoffer en tono ambiguo—. Oiga, Jim, ¿por qué no me describe físicamente a sus visitantes? Quizá yo pueda ayudarle sin necesidad de molestar a los funcionarios de la aduana.

Wreston lo hizo así. Al facilitar la descripción de Corelli, Hoffer lanzó una exclamación de una sola palabra:

—¡Cielos!

—¿Es que lo conoce usted, comandante?

—Escuche, Jim —dijo Hoffer, sin hacer caso de la pregunta del joven—, ¿está seguro de no haberse equivocado?

—No suelo emborracharme más que por la Pascua y no todas —refunfuñó él.

—¿Y dijo llamarse Corelli?

—Ya se lo he repetido antes, comandante —dijo el joven con hastío—. ¿Es que no va a contestarme de una vez?

La voz de Hoffer sonaba con acento grave y solemne.

—Jim, ¿de veras no conoce usted… perdón, no ha reconocido al individuo que se hace llamar Corelli?

—¡No, con cien mil de a caballo! —explotó Wreston, hartándose.

—Entonces, mejor será que siga por ahora en la ignorancia —manifestó Hoffer—. Eso es todo por hoy. Adiós y corto.

La comunicación quedó suspendida de inmediato, con gran asombro por parte de la pareja. Wreston colgó el micrófono, se volvió y miró a Úrsula con los ojos muy abiertos.

—¿Qué le parece? «Mejor será que siga por ahora en la ignorancia». Úrsula, sinceramente, ¿cree que ésa es manera de dar respuesta a una pregunta?

—No lo sé —contestó ella—. Pero, en cambio, le diré una cosa: el comandante Hoffer debe tener poderosas razones para actuar cómo lo está haciendo. Yo creo que si pudiera quebrantar la norma de silencio que le han impuesto, lo haría con gusto, Jim. Y ahora, puesto que no nos es dado hacer nada más, ¿por qué no vamos al sitio donde está la perforadora y la ponemos en funcionamiento, como habíamos convenido?

Wreston juntó sus labios en un gesto de ira y despecho al mismo tiempo.

—Sí, vamos —fue todo lo que dijo.

Se pusieron la máscara y salieron ál exterior, con los paquetes de las provisiones y el oxígeno de repuesto. Wreston lanzó una ojeada a los corrales, donde permanecían los «zrinns». Luego, subió al vehículo y lo puso en marcha.

Veinte minutos después, llegaban al campamento de perforación. Descendieron del vehículo con las armas a punto, aunque no tardaron en advertir que tal precaución resultaba estéril.

El campamento se hallaba desierto, tal como quedara la noche anterior. Después de arrojar un rápido vistazo por los alrededores, Jim se acercó al generador y pulsó el botón de arranque.

El trépano empezó a girar de inmediato. Wreston pasó debajo de la torre y estuvo observando durante unos momentos el lento movimiento rotatorio de la perforadora. En los alrededores había más piezas para empalmar cuando se acabase la que en la actualidad estaba introducida en el seno de la tierra y alcanzar de este modo una mayor profundidad. De pronto, cuando más entretenido se hallaba, oyó la voz de Úrsula que le llamaba.

—Venga aquí, Jim.

Wreston salió de debajo del andamiaje y se acercó a la joven, quien estaba observando el cuadro de instrumentos del generador. Al llegar a su lado, Úrsula le señaló una de las esferas graduadas con el índice.

—Mire, Jim; éste es el indicador de la profundidad alcanzada. La boca del trépano se halla en estos momentos a doscientos veinte metros de profundidad. Ésta es una cota que no se alcanza en dos días.

—Sí, es cierto —admitió él—. Y ahí, junto a la torre, hay más tubos para empalmar y alcanzar, cuando menos, una profundidad triple de la conseguida hasta ahora.

—¿Cómo es posible que no se diera usted cuenta de los trabajos de perforación, Jim? Estos individuos llevaban aquí al menos medio mes trabajando.

—La verdad, Úrsula, es que suelo venir por estos parajes en muy contadas ocasiones. La mayor parte de los días, por no decir todos, me los pasaba vigilando mi rebaño de «zrinns».

—Entonces, se comprende —dijo ella.

—Sólo hasta cierto punto, porque todavía no hemos comprendido qué diablos pretenden al perforar.

—Agua, quedamos de acuerdo ayer, Jim.

—¿Sólo agua? —dijo él en tono dubitativo.

—¿No le parece maravilloso disponer de agua durante todo el año? —exclamó ella.

—Sí, pero… En fin, dejemos que el trépano continúe su labor. Por cierto, cuando veamos que se acaba el tubo, tendremos que hacer un nuevo empalme.

—No se preocupe por eso, Jim —contestó ella—, es una labor que se me da bastante bien. Para alcanzar la dirección de una Granja Experimental hay que aprender muchas cosas y una de ellas es la perforación del suelo para hallar una vena de agua. Una granja sin agua, no tiene valor, harto lo sabe usted.

—Demasiado bien, Úrsula —Wreston paseó la mirada a su alrededor—. El que la hierba crezca aquí cuando menos el triple que en otros sitios, es una cosa que me preocupa mucho. Si a doscientos veinte metros no hay agua todavía, el suelo debiera tener una apariencia idéntica al de los contornos y ya ve usted qué aspecto tan distinto tiene.

—Alguna causa habrá, Jim, no desespere todavía —sonrió la muchacha.

El día transcurrió lentamente, sin novedades apreciables. Después de comer tuvieron que hacer un empalme en la perforadora, cosa que les llevó hasta la mitad de la tarde. Cuando terminaron, Úrsula sugirió la idea de quedarse allí.

—Estaría bien —admitió Wreston—, si no fuese porque el vagón está perforado a balazos y no se puede restablecer la estanqueidad en su interior.

—¡Oh, qué hombre tan poco mañoso! —exclamó la muchacha—. ¿Es que me va a decir que no sabe cómo tapar media docena de agujeros? Hay tierra, tiene usted agua en las cantimploras, hay hierba… y, lo mejor de todo, una caja de herramientas en la cual deben estar los adminículos necesarios para resolver una situación semejante. ¿No es usted el descendiente de quienes se adentraron en tierras hostiles sin apenas otras armas que su valor, su ingenio y su resolución y el afán de conseguir un pedazo de suelo en el cual vivir y fundar un hogar estable?

—Sí, aunque me parece haberlo olvidado —sonrió él—. Vamos a ver esa caja de herramientas.

En efecto, encontraron los medios necesarios para cegar los orificios. Cuando terminaron, era ya casi de noche.

Entonces penetraron en el interior del coche, que disponía de generador propio, como todos los artefactos semejantes. Úrsula puso en marcha el renovador de la atmósfera y observó el manómetro interior, hasta que vio la indicación de que se había establecido una presión equivalente a la de dos mil metros de altitud en la Tierra. Acto seguido, se despojó de la máscara y se dispuso a preparar la cena.

Mientras tanto, Wreston examinaba los papeles con atención, sin encontrar otra cosa que datos referentes a la perforación. A pesar de sus esfuerzos, no pudo hallar nada que le indicase los motivos de dicha perforación ni el objeto que perseguían Corelli y Velthar al agujerear el suelo del planeta. Todavía estaba enfrascado en su trabajo, cuando Úrsula le llamó para cenar.

Comieron con magnífico apetito, rematando la cena con un par de tazas de café. Al terminar, ella dijo:

—Hay un frigorífico con víveres suficientes para dos semanas. Podemos estar aquí todo ese tiempo, es decir, si a usted no le importa, Jim.

—¿Por qué no? —respondió él—. Yo también estoy ansioso ahora de conocer qué es lo que hay en el subsuelo de mi propiedad.

—Debe de ser muy valioso cuando Corelli le ofrecía una suma semejante —observó ella en tono reflexivo.

—Sí —murmuró él, en tono abstraído—. Me preocupa una cosa, Úrsula.

—Dígamela, Jim. Tal vez yo pueda ayudarle.

—¿Recuerda la exclamación que soltó Hoffer cuando le hice la descripción física de Corelli?

—Sí, claro.

—Me preguntó también si no había reconocido yo al sujeto que se hace llamar Corelli.

—Es verdad, Jim —convino Úrsula.

El joven se concentró unos momentos.

—El nombre de Corelli es falso, eso resulta evidente. Ahora bien, ¿por qué había de conocer yo al sujeto que se escuda tras ese seudónimo?

—No lo sé, Jim. Usted lleva tres años en Marte, ¿no?

—Sí. Pero de ellos, dos me los he pasado en el rancho, con alguna que otra salida ocasional a Flammarion o, cuando más, a Fort Trinchert. Ésta es la única ciudad del planeta que conozco, Úrsula.

La joven se mordió los labios.

—Cuando Hoffer dijo aquello, sin duda quería expresar que el denominado Corelli es una persona muy conocida en el planeta.

—Así lo creo yo. Pero ¿quién es esa persona? ,

—Hoffer se extrañó de que usted no lo hubiese reconocido. Por lo visto, Corelli debe de ser muy popular en el planeta.

—¿Popular? En verdad, Úrsula, no creo que haya en todo Marte un sujeto que merezca ese calificativo.

—Pues debe existir, cuando Hoffer habló de aquella forma, Jim.

El joven se enfureció unos momentos. Luego dijo:

—Mire, Úrsula, lo mejor será que nos vayamos a dormir. Mañana amanecerá y será otro día, ¿comprende?

—Una reflexión muy poco consoladora, pero la única que cabe en las actuales circunstancias, Jim —admitió la joven en tono de desaliento.

CAPÍTULO XII

LA noche transcurrió sin inconvenientes de ninguna clase, salvo el monótono rumor de la perforadora que continuaba su lento trabajo de penetración en el subsuelo marciano. Apenas se hizo de día, Wreston se levantó, y, después de equiparse, salió al exterior.

El indicador de profundidad señalaba una cota de doscientos treinta y un metros. Echó un vistazo hacia arriba, dentro de un par de horas más, tendrían que empalmar un nuevo tubo a la barra perforadora.

—Mientras tanto —soliloquió —, un buen desayuno me dejaría como nuevo.

Regresó al coche. Cuando estaba a mitad, vio que Úrsula abría los ojos.

—¡Arriba, perezosa! —la increpó alegremente—. Hace ya una hora que ando yo por ahí.

Úrsula sacó un brazo fuera de las mantas en que estaba envuelta y ahogó un bostezo.

—¿Qué hora es, Jim?

—Las siete y media, meridiano de Terralia. Si quiere que haga la corrección con el de Greenwich…

—No es necesario.—contestó ella, sentándose en la litera plegable que había ocupado durante la noche—. Tendremos que ir acostumbrándonos a los horarios marcianos.

—La diferencia con el día terrestre es de poco más de treinta y siete minutos.

—Pero, en cambio, el año marciano dura seiscientos ochenta y seis días, Jim.

—Sí, y eso plantea curiosos problemas, Úrsula. Por ahora, las fiestas importantes se celebran según el calendario terrestre. Sin embargo, la colonización avanza y progresa inconteniblemente. ¿Qué se hará dentro de algunos años: celebrar la Navidad según la fecha terrestre o la marciana?

—Habría un desfase de trescientos veintiún días, Jim. Ello entraña una serie de problemas religiosos y políticos que algún día será preciso resolver.

—En todo caso, no somos nosotros los llamados a solventar la

cuestión —terminó Wreston la breve discusión—. Desayunemos ahora, cosa bastante más interesante, por el momento.

Úrsula demostró poseer un magnífico apetito y desdén absoluto por la conservación de la línea. Mientras comían, Jim Wreston la observó a hurtadillas, diciéndose que, además de hermosa, era una espléndida mujer y no sólo en el sentido físico. Inteligente, ponderada y dueña de su equilibrio en todo momento, podría resultar la esposa ideal para un hombre. «Pero en cuanto hayan acabado estos jaleos, volverá a su oficio», pensó, no sin cierta amargara, que le llenó la boca de un extraño mal sabor.

Al terminar de desayunar, salieron afuera de nuevo. Pasaron el día vigilando la marcha de la perforadora y realizando los empalmes precisos cuando la situación lo requería. La noche siguiente transcurrió asimismo sin novedad.

Al amanecer del nuevo día, el indicador de profundidad señalaba una cota próxima al cuarto de kilómetro. Cerca de las doce, realizaron un nuevo empalme.

Cuando ponían el motor en marcha otra vez, vieron aparecer un automóvil en lo alto de la loma próxima, a menos de cincuenta metros de distancia.

—Las armas, pronto —exclamó Wreston.

Úrsula corrió en busca de los riñes que estaban apoyados en el generador. El automóvil descendió a gran velocidad la pendiente y se detuvo a pocos pasos del lugar en que se hallaban.

El coche venía ocupado por un solo individuo, quien saltó al suelo en el acto, dirigiéndose hacia la pareja.

—¡Eh, vosotros! —gritó—. ¿Dónde están los demás? ¿Por qué no han venido ya aquí?

—Éste es nuevo —susurró Wreston al oído de la muchacha.

Úrsula asintió.

El hombre se les acercó confiadamente. Entonces, cuando estaba a dos pasos de la pareja, se dio cuenta de que había cometido un error al confundirlos con otros, cosa, por otra parte, no demasiado difícil, debido a las ropas y a la máscara de oxígeno, aparte de que los cabellos de Úrsula estaban escondidos bajo el casquete protector.

En seguida dio media vuelta y trató de huir a la carrera.

Wreston no vaciló. Levantó el rifle, apuntó con cuidado delante

de las piernas del sujeto y apretó el gatillo.

La bala segó unas briznas de hierba y levantó un poco de tierra a pocos pasos por delante del fugitivo. Éste se detuvo en seco, giró sobre sus talones y alzó las manos.

—¡No tiren! —gritó—. ¡Me rindo!

Wreston movió el brazo izquierdo.

—Acérquese —ordenó en tono imperativo—. No baje las manos si no se lo permito, ¿estamos?

El tipo obedeció, no sin repugnancia. Cuando estuvo a su altura, Wreston ordenó:

—Apúntele con el arma, Úrsula, y no vacile en disparar si hace algún gesto sospechoso.

—Conforme —contestó ella.

Wreston dejó el rifle apoyado en el generador y dio un amplio rodeo a fin de situarse a espaldas del intruso. Palpó sus ropas rápidamente, convenciéndose de que no llevaba ningún arma encima.

—Está bien —dijo—, ya puede bajar las manos.

El hombre obedeció, visiblemente aliviado.

—Bueno, ¿qué pasa? —gruñó—. ¿Por qué me apuntan con sus rifles? Que yo sepa, no les he hecho nada malo a ninguno de los dos.

—Excepto penetrar en tierras ajenas sin permiso del dueño —replicó el joven agriamente—. Ahora, dígame su nombre y qué pensaba hacer aquí.

—Me llamo Plantzi, Stefan Plantzi, y soy ingeniero y técnico en perforaciones, eso es todo.

—¿De veras? —exclamó Wreston con ironía—. Vamos, vamos, Plantzi, sea buen chico y cuéntenos todo lo que sepa. ¿Se da cuenta de que se ha metido en un buen lío al invadir ilegalmente mis tierras?

—Escuche —dijo Plantzi de mal talante—, a mí no me venga con cuentos. Ya le he dicho cuál es mi profesión. Me contrataron para dirigir esta perforación y no sé más.

—Plantzi —manifestó Wreston muy serio—, es usted un cochino embustero.

—¡Oiga usted! —protestó el individuo—. No le tolero que…

—Cállese —le atajó el joven en tono imperativo—. Usted vino

aquí creyendo encontrarse con unos individuos, con los cuales, al parecer, se había citado previamente. No me niegue eso ahora, porque usted mismo preguntó que dónde estaban los demás. Eso significa que pensaba ver a más de dos personas, ¿no es cierto?

—Bueno, sí —admitió Plantzi a regañadientes—. Es lógico que para un trabajo como éste se necesiten más de dos personas.

—¿En dónde le dijeron que encontraría este paraje? —preguntó Úrsula, súbitamente.

—En Terralia, que fue donde me contrataron.

—¿Quién le contrató? —indagó Wreston.

—Un tipo llamado Velthar y… oiga, ¿a qué diablos viene este interrogatorio? —exclamó Plantzi muy enojado.

—Usted responda a mis preguntas y no se preocupe de más —dijo Wreston—. Su situación no es muy buena, Plantzi; se lo advierto de antemano, por si no lo sabía.

El individuo miró a uno y a otro, con gesto lleno de aprensión.

—¿Qué diablos pasa aquí? ¿Por qué dispararon contra mí?

—¿Por qué huía usted? —preguntó la muchacha.

—Me entró miedo al verles armados —confesó Plantzi—. Estos días están ocurriendo muchas cosas raras y temí que fuesen de esos sujetos que andan por ahí tiroteando a la gente. Tuve miedo, eso es todo.

—Esos sujetos a quienes usted alude son precisamente los que le contrataron a usted —manifestó Wreston, empezando a decirse que tal vez Plantzi estaba resultando sincero en sus manifestaciones—. ¿No le dijeron cuál era el objeto de las perforaciones?

—No, en absoluto. Firmé un buen contrato… doscientos diarios y gastos, y ya no me preocupé de más. ¿Acaso hay algo sucio en este endiablado asunto? —preguntó Plantzi.

—Mucho más de lo que usted mismo cree —contestó Wreston—. Doscientos dólares diarios es un buen sueldo.

—También yo soy un buen perforador, e ingeniero, además —contestó el individuo, no sin orgullo.

—¿Y dice que le contrato Velthar?

—Sí. Hace una semana, más o menos. Pero no pude venir antes, porque estaba terminando unos trabajos. Salí anteayer de Terralia… ¡condenación, ha sido una buena paliza la que me he dado para llegar hasta aquí!

—Supongo que Velthar le facilitaría un mapa.

—Así fue. De lo contrario, ¿cómo habría encontrado yo este paraje?

Sobrevino una pausa de silencio. Wreston reflexionó durante unos momentos y luego, cogiendo a la muchacha por un brazo, la apartó a un lado, aunque sin dejar de mantener la vigilancia sobre el ingeniero.

—Úrsula, me parece que Plantzi es sincero —dijo en voz baja.

—Yo también lo creo así —contestó ella en el mismo tono—. A fin de cuentas, tanto Corelli como Velthar pueden servirse de personas decentes para sus torcidos fines. Un sujeto como Plantzi no tiene la obligación estricta de saber si las tierras en que está perforando pertenecen a este o a aquel dueño.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Wreston, irresoluto—. Aconséjeme usted, Úrsula.

—Bueno —la muchacha tampoco acertaba a definirse—. A fin de cuentas, puede seguir perforando para usted, Jim.

—Pero yo no estoy en condiciones de pagarle los doscientos dólares diarios que, según él, contrató con Velthar —objetó el joven.

—Es cierto —dijo ella, desanimada. Lanzó una mirada de reojo hacia el ingeniero; Plantzi estaba a un lado, aguardando con curiosidad el resultado de su discusión—. ¡Espere! —exclamó de pronto—. Nos estamos olvidando de lo principal, Jim.

—¿De qué se trata, Úrsula?

—Cuando llegó Plantzi, hizo una pregunta, recuérdelo bien. «¿Dónde están los demás? ¿Por qué no han venido ya?» o algo por el estilo.

Wreston quiso chasquear los dedos pero se los encontró enguantados y desistió.

—Es verdad, Úrsula, eso significa que Plantzi esperaba encontrarse aquí con alguien más… seguramente, Doggler y su pandilla, los cuales no han aparecido todavía…

La mano izquierda de la muchacha se apoyó de repente en su brazo, al mismo tiempo que la derecha se tendía hacia un punto de la pequeña hondonada.

—¿Está seguro, Jim? ¡Mire allá arriba!

El joven volvió la cabeza hacia el punto que ella le señalaba.

Acto seguido se escapó de sus labios una sonora interjección.

Por el lado opuesto al que había llegado Plantzi se acercaban tres automóviles, los cuales se hallaban en aquellos momentos a un cuarto de kilómetro de distancia.

CAPÍTULO XIII

EL estupor que se había apoderado del ánimo de Wreston al divisar los coches duró apenas un segundo. Casi en el acto, agarró a Úrsula por el brazo y la empujó hacia su coche.

—Póngalo en marcha —gritó—. Vuelvo en seguida.

Los automóviles de los invasores se acercaban a buena velocidad. Actuando sin pérdida de tiempo, Wreston se metió en el coche vivienda y buscó la bolsa de las provisiones, en la cual había echado el día anterior, precavidamente, unos cuantos peines de repuesto para los riñes. Salió afuera y saltó al suelo, dirigiéndose hacia el generador, donde estaban las armas todavía.

Plantzi le hizo una pregunta a gritos:

—¡Eh, amigo! ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué esas prisas?

—¡Esto se va a poner muy caliente dentro de unos segundos, amigo! —contestó Wreston en el mismo tono—. Usted puede quedarse si quiere; es posible que no le hagan ningún daño; pero si nos atrapan a nosotros, nos arrancarán el cuero cabelludo.

—¡Demonios! —se estremeció Plantzi—. Entonces, que se vayan al cuerno; yo tampoco me quedo aquí —echó a correr junto a Wreston—. ¿Es que esos tipos son de la cuadrilla que va provocando explosiones y asesinando a la gente por ahí?

—Usted lo ha dicho, Stefan— contestó Wreston, llamando al ingeniero por su nombre.

Ya estaban a media docena de pasos del coche, cuya puerta mantenía Úrsula abierta de par en par, a fin de facilitarles la entrada a la cabina.

En aquel instante, estalló una descarga cerrada. Las balas silbaron lúgubremente en torno al lugar que ocupaban o se estrellaron contra la parte anterior del vehículo. Un proyectil perforó el parabrisas a pocos centímetros del lugar donde estaba Úrsula.

Asustada, la muchacha lanzó un grito. Plantzi renegó en su idioma nativo, Wreston volvió la cabeza y vio a seis o siete individuos esparcidos en hilera, a unos cien o ciento veinte metros, todos ellos armados con rifles y pistolas, quienes corrían a toda velocidad hacia el punto en que se encontraban, con intenciones

fáciles de imaginar.

—Aprisa, aprisa —exclamó él joven en tono apremiante.

En aquel momento, Úrsula emitió un grito de sorpresa:

—¡Jim, han averiado el motor!

Wreston soltó una espantosa interjección. Plantzi tiró de él.

—¡Vengan los dos al mío, pronto!

El coche del ingeniero estaba a una docena de pasos. Plantzi echó a correr hacia el vehículo, pero apenas había cubierto tres o cuatro metros, lanzó un espantoso grito, giró sobre sí mismo y se desplomó al suelo.

Wreston apretó los labios, ciego de furia. Los invasores estaban ya a menos de cien metros de distancia. Apoyó una rodilla en el suelo y abrió un fuego arrasador que obligó a sus adversarios a tenderse en el suelo para escapar a la acción devastadora de sus proyectiles. Úrsula se le unió, disparando su rifle.

Uno de los atacantes se irguió un segundo, para desplomarse de bruces después, completamente inmóvil. Los restantes arreciaron en su fuego.

De repente, Wreston vio que Plantzi se movía. El perforador trataba de incorporarse.

—No es nada —jadeó—. Sólo una pedrada en un ala… Vamos, pronto… Mi coche…

Los disparos sonaban por todas partes. Pero, con gran asombro por su parte, Wreston se dio cuenta de que no escuchaba el silbido de ningún proyectil en las inmediaciones del lugar en que se hallaban.

Bruscamente, Plantzi lanzó un grito de furor.

—¡Mi coche! ¡Los muy cerdos… lo están destrozando a tiros!

Wreston sintió que la sangre se le helaba en las venas al comprender la diabólica astucia de sus atacantes. De este modo, les cortaban toda huida posible. Ya no podrían escapar; los automóviles serían siempre más rápidos que ellos.

—De todas formas —dijo con rabia—, no dejaré que me atrapen tan fácilmente—. ¿Puede andar, Plantzi?

—Claro que sí —contestó el ingeniero—. Vamos a ver si nos escondemos detrás de un vehículo. El suyo, que está más cerca.

Úrsula estaba parapetada detrás del automóvil, conteniendo con los disparos de su rifle el avance de los atacantes. Wreston ayudó a

Plantzi a cubrir los pocos metros que les separaban de aquel punto y una vez al lado del coche, dejó que el ingeniero se sentase en el suelo, bajo la protección de una de las gruesas ruedas del vehículo.

Hurgó en sus bolsillos y pudo encontrar un pañuelo. Dejando el rifle en el suelo, se arrodilló junto a Plantzi, atándole el lienzo en torno al brazo.

—No parece que lo tenga roto —dijo—. Más bien debe de ser un balazo limpio, que ha interesado solamente la carne.

—¡Esos hijos de perra! —masculló el ingeniero—. Bien supieron engañarme. ¿Qué diablos pretenden ahora, Jim?

—Ya se lo dije antes, Stefan; arrancarnos el cuero cabelludo…

Úrsula lanzó de pronto un fuerte grito:

—¡Cuidado, Jim; quieren rodearnos por la izquierda!

Su rifle detonó de inmediato un par de veces. Wreston se tendió en el suelo sin pérdida de tiempo, divisando a tres o cuatro individuos que corrían a toda velocidad por la parte opuesta, con el fin de situarse en lugar desde el cual pudieran batirles con tranquilidad.

Wreston presionó el gatillo varias veces, disparando con gran rapidez. Uno de los invasores cayó de pronto entre la hierba y se quedó quieto. Los tres restantes se ocultaron a la vista del joven, aunque le hicieron varios disparos, altos por fortuna, debido a la precipitación con que le habían contestado.

Por unos momentos volvió el silencio. Los disparos cesaron.

Úrsula le llamó:

—Jim, necesito municiones.

El joven le arrojó un peine de cartuchos, que ella atrapó al vuelo, colocándolo acto seguido en la muesca del rifle correspondiente. Luego renovó las municiones del suyo, dándose cuenta de que ya sólo le quedaban dos peines de repuesto.

Hizo una mueca de disgusto. Aparte de que sus enemigos eran más, se hallaban en una situación que no tenía nada de envidiable, con dos flancos al descubierto por lo menos. Miró a derecha e izquierda, levantando la cabeza por encima de los tallos de hierba, sin conseguir ver otra cosa que los tres coches recién llegados, a ciento cincuenta metros de distancia.

Miró a Plantzi. El ingeniero soportaba la herida con singular estoicismo.

—Temo que le haya hecho perder un sueldo de seis mil dólares mensuales, Stefan —dijo, sonriendo con amargura.

—No creo que esa sinecura me hubiese durado mucho, en vista de lo que está ocurriendo —contestó Plantzi, torciendo el gesto—. La verdad, casi me alegro de que haya pasado todo esto ahora y no más tarde. De este modo, no me podrán acusar de estar en connivencia con esos forajidos.

—Usted viene de Terralia, Stefan —manifesté Wreston—. ¿Qué se dice por allí de todos estos sucesos?

—Muchas cosas y ninguna buena. Se habla mucho y se especula más todavía, pero a ciencia cierta, nadie sabe aún con certeza lo que ocurre.

Wreston señaló la torre de perforación, en la cual el trépano continuaba girando lenta e inexorablemente.

—¿Petróleo? —sugirió.

—¡Qué tontería! —exclamó el ingeniero—. Hombre —añadió—, no niego que resultaría útil, pero lo que interesa en Marte es un combustible que no consuma oxígeno, pese a que tenemos enormes yacimientos de carbonita de donde extraerlo. Sin embargo, ésta sería una operación, más que complicada, costosa y poco rentable. Un yacimiento de pechblenda uranífera sería mucho mejor acogido, ya que el gasto sería sensiblemente igual, pero el rendimiento del uranio extraído compensaría de sobra, por su mayor duración en la pila fisible, todo el tiempo y material empleado en su obtención.

—Eso mismo pensé yo cuando empezaron todos estos jaleos —contestó Wreston—. Pero si no se perfora para hallar petróleo, ¿para qué, entonces?

Los ojos de Plantzi brillaban.

—Agua, no puede ser otra cosa, Jim.

El joven sonrió.

—Veo que coincidimos, Stefan. Me gustaría que todo saliese bien para contratarle…

Úrsula le interrumpió con un fuerte grito.

—¡Vuelven de nuevo, Jim!

Y en seguida abrió el fuego con vivo ritmo.

El joven disparó también, haciendo retroceder a sus atacantes. De súbito, Úrsula lanzó una exclamación de queja, al mismo tiempo que se oía un ruido singular.

—¡Jim! —clamó la muchacha.

Wreston volvió la cabeza. La sangre se le heló en las venas al ver a Úrsula sentada en el suelo, cogiéndose la mano derecha con la izquierda. El rifle yacía abandonado a un lado.

Una intensa mueca de dolor deformaba el rostro de Úrsula. Creyéndola herida, Wreston olvidó al instante todas sus preocupaciones y se lanzó hacia ella, gritando como un poseído.

—¡Úrsula! ¿Qué le ha pasado? ¡Conteste, pronto!

Ella se esforzó por sonreír.

—Ha sido una bala… Chocó contra mi rifle y me dejó la mano dormida… El arma está inútil y… ¡Jim! —chilló de pronto, con los ojos a punto de salirse fuera de las órbitas.

El joven se volvió con rapidez, tratando de recuperar el riñe que había abandonado al acudir en socorro de Úrsula. Una voz conminatoria detuvo en seco su gesto.

—¡Párese, Wreston!

La orden estaba apoyada por dos o tres rifles más, empuñados por sendos individuos situados a menos de treinta metros de distancia. Resignado, Wreston hubo de confesarse que el momento de la derrota había llegado ya.

Volvió los ojos hacia la muchacha, con gesto compungido.

—Lo siento, Úrsula —murmuró.

Ella le sonrió con gesto afectuoso.

—No se preocupe. Usted hizo lo que pudo, Jim.

Y acto seguido, se pusieron en pie, aguardando con calma la suerte que quisieran hacerles correr los recién llegados.

En aquel momento, la tierra tembló.

CAPÍTULO XIV

FUE como una trepidación muy intensa que se producía en lo más hondo. Luego, la vibración se convirtió en un profundísimo rugido que brotaba de las entrañas de la tierra, aumentando de volumen a cada segundo que transcurría.

Olvidando su herida, el ingeniero se puso en pie y gritó:

—¡El trépano ha perforado!

Los invasores volvieron los ojos en el acto hacia la torre, que vibraba y se estremecía como sacudida por un invisible huracán. De súbito, con un agudísimo chillido, que hendía y perforaba los tímpanos, martirizándolos cruelmente, algo brotó del orificio de perforación.

Era una altísima columna de vapor a enorme presión, que surgió con potencia, arrasadora, incontenible, llevándose por delante cuanto encontraba al paso. El ruido era atronador, espantoso; parecía como si el planeta estuviese a punto de reventar en mil pedazos.

Las estructuras de la torre saltaron por todas partes, destrozadas por la fenomenal presión de la columna de agua convertida en vapor a una elevadísima temperatura. El chorro de vapor, de una blancura deslumbrante, alcanzó una altura tremenda en unos instantes.

Todos cuantos estaban en aquel lugar se quedaron paralizados por el asombro durante unos segundos. El fragor era espantoso y el silbido del vapor parecía el alarido de una bestia apocalíptica en el paroxismo de su locura. De pronto, empezó a llover.

—¡Retirémonos! —aulló Plantzi, por encima del ruido que hacía la columna de vapor—. ¡Es agua hirviendo lo que cae!

Los invasores se olvidaron de ellos también y huyeron a la carrera. De repente, una enorme catarata de agua hirviendo cayó sobre dos de ellos, derribándolos por el suelo, en medio de espantosas convulsiones.

Aprovechando la confusión que reinaba, el trío pudo escapar a lugar más resguardado, no sin que antes Jim pudiera recoger su rifle. Pero nadie pensaba ya en atacarles.

De pronto, el ingeniero lanzó una exclamación.

—¡Jim, mire lo que viene por allí!

Wreston volvió la cabeza. Media docena de helicópteros se acercaban a aquel lugar, volando raudamente.

Algunos de los invasores trataron de huir. Fuerzas de policías saltaron de los vehículos y les cortaron el paso con unos cuantos disparos de intimidación. Pocos minutos más tarde, se veían varios pares de brazos alzados en el aire en señal de rendición.

El agua hirviendo continuaba brotando. La columna de vapor y espuma alcanzaba más de cincuenta metros de altura. Wreston vio que se había formado un pequeño charco cerca del lugar en que se hallaban.

Se descalzó un guante, hundió la mano en el líquido y, haciendo cuenco, se llevó unas gotas a los labios. Úrsula esperó anhelante el resultado de la prueba.

Los ojos de Wreston brillaron.

—¡Es dulce! —exclamó. .

Una radiante sonrisa apareció en los labios de la muchacha. Calurosa y espontáneamente, extendió su mano y estrechó la del joven.

—Le felicito, Jim —dijo.

En aquel momento se oyó una voz.

—¡Hola, Jim Wreston!

Los dos jóvenes se volvieron. Wreston reconoció al instante a la persona que le había llamado.

—¿Qué tal, comandante Hoffer? Le presento a la directora Andrewski. Éste es el ingeniero Plantzi, herido por esa cuadrilla de granujas.

—Ahora les pondremos a todos a buen recaudo, Jim. Ya se han terminado las depredaciones de esos piratas.

—Es la mejor noticia que me da usted desde hace mucho tiempo, comandante —gruñó el joven—. Y ahora, ¿puede saberse de una vez lo que ocurre?

—¿No es capaz de imaginárselo? Hace tiempo ya que los geólogos andaban detrás de ello, pero hasta ahora no se ha tenido ocasión de confirmarlo, Jim —añadió Hoffer muy serio—, hay muchos lugares de Marte donde existen grandes venas de líquido a elevada temperatura. La suya es una de ellas, por ejemplo. ¿Se da cuenta de la importancia que esto tiene para el futuro de la

economía marciana?

—Desde luego —contestó Wreston—. Pero ¿qué diablos hay de las explosiones que destruyeron esos puestos científicos?

—Según dicen los expertos, fueron errores causados por una perforación precipitada en un terreno deficientemente estudiado en el aspecto geológico. Se calcula que encima de las venas de agua hirviendo había grandes vetas de carbonita. Es posible que una chispa causada por la rotación del trépano, incendiara la carbonita…

—Y eso, claro está, determinó una súbita vaporización del agua que circulaba por debajo de la superficie. La presión del vapor alcanzó tensiones elevadísimas y…

—Eso es lo más seguro —asintió Hoffer.

—Por eso, esta perforadora giraba tan despacio —terció Úrsula —. Se trataba de disminuir los riesgos del roce de la broca contra las capas rocosas del subsuelo.

—Ni más ni menos —admitió Hoffer.

—¿Y el tiroteo de Flammarion? —preguntó Wreston.

—Se enviaban a la Tierra unos documentos muy comprometedores para cierta persona que ocupaba un alto cargo, y esa persona trató de recuperarlos a toda costa. Lo consiguió, pero no sabía que se había obtenido un duplicado de todos los documentos, los cuales, como es lógico, están ya camino de… bueno, imagíneselo, Jim.

—No del todo —refunfuñó el joven—. ¿Quién era esa persona? Corelli.

—Pero ¿es posible que no lo conociera usted, Jim? Era Van Geugden, el gobernador.

—Ahora sí que lo comprendo todo. Y, como es natural, ese Van Geugden quería hacerse con todos o la inmensa mayoría de los terrenos donde existen venas de agua hirviendo antes de que los geólogos emitiesen su informe y se desatase la especulación.

—Ni más ni menos, Jim —confesó Hoffer.

En aquel momento, un sujeto con el emblema de la Policía de Terralia en el lado izquierdo del pecho se acercó al grupo y habló unas palabras al oído de Hoffer. Éste asintió y luego se volvió hacia ellos.

—Van Geugden y Velthar, que era su brazo derecho, ya no

comparecerán ante un tribunal.

—¡Cómo! —se asombró Wreston.

—Murieron abrasados por el agua hirviendo, Jim.

—Bueno, me imagino que, en lo sucesivo, tendré mucho trabajo en mi hacienda.

—Puede decirse que es usted un hombre rico a partir de este momento, Jim. Sus tierras van a cobrar un valor tremendo.

—Yo me encargaré de las perforaciones —exclamó Plantzi vivamente.

—Claro que sí —rió el joven—. Pero antes, vaya a que le curen. Hoffer se encargará de ello, ¿verdad?

—Por supuesto. Venga conmigo, ingeniero.

Wreston miró al suelo unos momentos. Luego, sus ojos se enfrentaron con los de la joven.

—Bien, Úrsula —dijo al cabo—, esto ha concluido. Ahora, usted deberá volver a su granja…

—Hace un momento, Plantzi le pidió un empleo. ¿Me daría uno a mí en su propiedad? Recuerde…

—¿Aceptaría usted? —preguntó él con ansiedad.

—Si me lo pides tú… —dijo ella con malicia.

—Es que tendría que pedirte algo más, Úrsula,

—Desde luego, Jim. Y acepto encantada… ese empleo para toda la vida.

Se tomaron de las manos, mirándose a los ojos.

—Jim, nosotros somos ahora los marcianos.

—Y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos —añadió él con acento soñador.

—Los marcianos —musitó ella.

De nuevo callaron. De pronto, Wreston lanzó una exclamación de queja.

—¡Estas máscaras, Úrsula!

—¿Qué sucede con las máscaras?

—Son un estorbo para algunas cosas… besar, por ejemplo.

—Cierto, aunque también es verdad que una persona puede aguantar fácilmente un minuto sin respirar.

—Entonces, ¿quieres que hagamos la prueba?

Ella sonrió, mientras se quitaba la máscara.

—Hagámosla, Jim —suspiró, acercándosele.

FIN



próximo número:

AGENTE DE LA TIERRA

LOUIS G. MILK

Un esclavo y un agente terrestre frente a todo un Universo...

precio: 8 ptas.